



KEITH LUGER

# EL ASALTO MAS GRANDE DE LA HISTORIA



El general Glen Reisner, del Ejército de los Estados Unidos de América, conducía su automóvil en la noche de Nueva York.

Corría el mes de enero. Había nevado intensamente dos días antes, pero las calles estaban limpias, aunque se conservaba la nieve en los jardines.

El general vestía de civil.

Miró por el espejo retrovisor y vio reflejado en él los faros de otro coche. Lo seguían. Eran dos hombres.

Recordó la frase de Churchill: «Nunca tantos debieron tanto a tan pocos». Ahora no estaba seguro de que ésa hubiese sido exactamente la frase. ¿No era más larga? Al diablo con Churchill. El viejo león inglés estaba muerto y nadie había ocupado su lugar en Occidente. No, Inglaterra no había vuelto a dar un Churchill, ni tampoco lo había dado los Estados Unidos. El puesto estaba vacante. Absolutamente vacante.



Keith Luger

# **El asalto más grande de la historia**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 992**

ePub r1.0

Lds 06.03.19

Título original: *El asalto más grande de la historia*

Keith Luger, 1969

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SS**

**SERVICIO SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

El general Glen Reisner, del Ejército de los Estados Unidos de América, conducía su automóvil en la noche de Nueva York.

Corría el mes de enero. Había nevado intensamente dos días antes, pero las calles estaban limpias, aunque se conservaba la nieve en los jardines.

El general vestía de civil.

Miró por el espejo retrovisor y vio reflejado en él los faros de otro coche. Lo seguían. Eran dos hombres.

Recordó la frase de Churchill: «Nunca tantos debieron tanto a tan pocos». Ahora no estaba seguro de que ésa hubiese sido exactamente la frase. ¿No era más larga? Al diablo con Churchill. El viejo león inglés estaba muerto y nadie había ocupado su lugar en Occidente. No, Inglaterra no había vuelto a dar un Churchill, ni tampoco lo había dado los Estados Unidos. El puesto estaba vacante. Absolutamente vacante.

Unas luces de neón le indicaron que había llegado a su destino. Pato Salvaje un club nocturno de Manhattan.

Llevó el coche al estacionamiento. Aquellos dos hombres no le habían perdido la pista.

Cuando dejaba el vehículo en un hueco vio que el otro coche pasaba de largo.

Cerró la llave del encendido.

El general había cumplido recientemente los cincuenta y dos años. Su rostro era de facciones alargadas, frente despejada, nariz aguileña, hocico saliente. El general sabía que su rostro no poseía una belleza clásica, todo lo contrario, pero también sabía el atractivo que tenía para las mujeres. Muchas le habían dicho una y otra vez la palabra: «Magnetismo». Era eso lo que inspiraba al sexo

opuesto.

Les gustaba su virilidad. Podía competir con un joven en ese aspecto y su mujer no lo ignoraba. Se imaginó a Anne ahora en Atlanta. Estaría viendo la televisión como siempre con su caja de bombones en el regazo. Había envejecido mucho Anne en aquellos últimos diez años, pero él se conservaba elástico como un puma, rápido de reflejos, y eso lo debía a su constante ejercicio, a su hora diaria en el gimnasio, a la sauna, y a su práctica del deporte, el tenis y el baloncesto.

Saltó del coche y se dirigió hacia la fachada principal del club nocturno.

El conserje del club le hizo un saludo, aunque era la primera vez que lo veía, y eso le hizo recordar la clase que poseía, a pesar de que no llevaba el uniforme. Le había ocurrido durante toda su vida. Magnetismo, simple magnetismo, porque también los de su mismo sexo se sentían influenciados por su presencia. Los únicos que tenía en contra eran sus superiores, porque aquellos botarates no estaban dispuestos a reconocer nunca que hubiese alguien con más inteligencia que ellos.

En el local había mucha gente, la barra casi llena. La oficina de la dirección estaba al fondo, a la derecha.

Fue hacia aquella puerta, pero un hombre se interpuso en su camino.

—¿Adónde va?

—Quiero hablar con el señor Connors. Clyde Connors.

—No puede hablar con él ahora, amigo.

—Es urgente.

—¿Para quién es urgente?

—Para mí.

—Entonces tendrá que esperar.

—Muy bien. Pásele un mensaje. Dígame que está aquí Glen Reisner.

—No hay mensaje, amigo. El señor Connors dijo que no se le molestase, ¿me entiendes? Yo soy su empleado y me pagan para cumplir órdenes.

—Me faltó aclararle una cosa, amigo —contestó Reisner—. Soy general del Ejército de los Estados Unidos.

Su interlocutor enarcó las cejas.

—¿Un general?

—Eso dije.

—¿Todo un general?

—Lo dice como si se pudiese servir por kilos.

—No, no lo sirven por kilos, señor Reisner. Ya sé que lo sirven por estrellas. Un día dan una, otro día otra, y así hasta general. Pero ¿sabes quién soy yo?

—No, no lo sé.

—Napoleón.

Al ver que Reisner no decía nada, el empleado sonrió.

—Sorprendido, ¿eh? Pues sí, señor, soy Napoleón Bonaparte.

Reisner volvió ligeramente la cabeza y vio a los dos hombres que lo habían seguido hasta el club. Como si no reparasen en él, se dirigieron a la barra.

Entonces Reisner se echó sobre el empleado, le atrapó un trozo de hígado y lo retorció.

El otro quiso reaccionar moviendo el brazo derecho, pero Reisner le cogió la muñeca y le llevó aquella mano a un costado.

—Eh, ¿qué hace, Reisner?

—Puedo partirte la mano, imbécil. Bastará con que haga una suave presión hacia arriba y tu piojosa muñeca tendría que ser escayolada. ¡Abre esa puerta!

El empleado abrió la puerta con la mano libre y Reisner lo empujó al interior y entró él a continuación.

Un hombre estaba besando a una mujer en un sofá, e interrumpió aquel beso.

—¿Qué infiernos pasa, Richard?

El llamado Richard contestó:

—Es este tipo. ¿No lo conoce, patrón?

—No sé quién es.

Richard se volvió moviendo la mano hacia la axila.

—Yo le voy a poner otra estrella, Reisner.

Fue demasiado lento para Glen porque éste dio un paso hacia él y le descargó un puñetazo en la cara.

Richard no llegó a sacar la pistola. Echó a correr hacia atrás hasta que tropezó con un sillón, y dio sobre éste una vuelta de campana, cayendo por el otro lado y quedando despatarrado como un sapo.

—¡General Reisner! —exclamó Connors.

Glen sonrió.

—Vaya, por fin me reconoces, capitán Connors.

La pelirroja era una hermosa joven con curvas pronunciadas y un rostro muy picante. Se cubría con el clásico vestido de vendedora de cigarrillos, las piernas enfundadas en medias negras. Parecía una chica salida de las páginas del «*Playboy*».

Connors se puso en pie. Era más bajo que el general, pero daba el peso que debía dar. Setenta y tres kilos para uno setenta y tres de talla.

Sonrió y estrechó la mano de Reisner.

—Se conserva bien, general.

—No me puedo quejar. —Reisner miró a la pelirroja—. Tú también parece estar en forma.

Clyde Connors soltó una carcajada.

—Siempre con su visión matemática, ¿eh, general?

—Quisiera hablar contigo a solas.

—Rica —dijo Connors a la pelirroja—, continúa vendiendo cigarrillos.

—Como tú quieras, patrón.

La joven se levantó e hizo un mohín de coquetería. Cogió su bandeja que estaba en un sillón y se la colgó al cuello.

—¿Cigarrillos, general? —dijo abanicando las pestañas.

Clyde Connors la agarró por el brazo desnudo.

—Nena, ya está bien de hacer la gata. No guiñes el ojo al general o te lo hincho.

—Eres un patrón muy bruto, Clyde —dijo ella, y salió del despacho.

Clyde se frotó las manos.

—Bien, general, ya estamos solos.

—Yo creo que no.

Clyde siguió la mirada de Reisner y vio que su antiguo superior estaba mirando al desparrado Richard.

—Oh, sí, perdone, general.

Connors cogió un jarrón de la mesa y le quitó las flores. Se acercó a Richard y le volcó el agua del jarrón sobre la cara.

Richard volvió en sí soltando maldiciones.

Clyde le ayudó a levantarse.

—¿Dónde está, patrón?... ¿Dónde está?

—Tranquilo, muchacho —le dijo Connors y le soltó dos bofetadas.

—Me dijo que era general. ¡Palabra que me lo dijo!

—Y es general, Richard, y tú eres un cegato y un bocazas.

—Usted dijo que no podía entrar nadie.

—No estaba para nadie, bruto. Pero estaba para un general. Cierra el pico y lárgate.

—Sí, patrón.

Richard se masajeó el mentón mientras cruzaba la oficina. Antes de salir dirigió una mirada a Reisner.

—¿Algo más, general? —inquirió Connors.

—Ahora está todo en orden.

—¿Un *whisky*?

—De acuerdo.

Connors rió mientras escanciaba el *whisky* en dos vasos.

—Palabra que no lo reconocí al principio.

—Es lógico. Han pasado muchos años, capitán.

—Veintitrés años, general. Me licenciaron en 1946.

—Y parece que no te ha ido mal.

Connors le dio el vaso con el *whisky*.

—Usted no sabe mi historia —echó una mirada a la habitación—. Ahora me encuentro en la cresta de la ola, pero tuve que pasar mucho. No es fácil llegar a ser dueño de un club como éste. Pero imagino que no ha venido aquí a que le cuente mis aventuras.

—No, eso es verdad. Y eso demuestra que tú también has conservado lo que más admiraba en ti.

—¿Qué cosa era, general? Ya se me olvidó.

—Tus dotes de observación.

—Usted me enseñó a darme cuenta de cuanto pasase a mi alrededor, y gracias a eso sigo viviendo.

—Te corregiré, Connors. Somos muchos los que continuamos viviendo gracias a tu cualidad. ¿Qué habría pasado en Nápoles si tú no descubres a los tres alemanes camuflados? Nos habrían rellenado de plomo a todos, y ni uno solo del comando habría logrado escapar con vida.

Connors entornó los ojos.

—Nápoles —dijo ensoñadoramente—. Ah, general, qué mujeres.

¿Se acuerda de aquella morena?

—¿Virna?

—No, no se llamaba Virna. Demonios, ¿cómo se llamaba? Canastos, se me olvidó a mí también. Pero qué piernas, general, y qué... —Connors se llevó la mano hacia el pecho—. Cada vez que veía los grandes tomates de Sorrento, me acordaba de ella.

Reisner sacudió la cabeza comprensivamente. Dio unos pasos hacia un sillón y se sentó, cruzando sus largas piernas. Hizo rodar el vaso de *whisky* entre sus manos mientras observaba a Connors.

—General, usted y yo vamos a cenar juntos. Supongo que no tendrá compromiso.

—No, no lo tengo.

—Eso me recuerda que no le he preguntado por su simpática mujer... Espere, no me diga el nombre. Lo tengo en la punta de la lengua... ¡Anne!

—Sí, Anne.

—¿Cómo está ella, general?

—Perfectamente.

—¿Debo preguntar por los hijos?

—Tuvimos uno, pero murió. Sólo llegó a cumplir los cuatro meses.

—Lo siento, general.

—Yo tampoco he venido aquí a contarte mi historia, de modo que dejemos la familia.

—Desde luego, general.

Se hizo un pesado silencio.

—Connors —dijo Reisner—, te necesito.

Connors se dirigió hacia la mesa.

—Me alegro de poderle servir de algo. Le doy mi palabra que me alegro. ¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—Dinero, naturalmente.

Reisner se echó a reír.

—¿Crees que he venido aquí por un préstamo?... Bueno, es lo corriente. Imagino que los antiguos compañeros sólo se buscan por cuestiones económicas.

—Sí, general. Alguno me buscó cuando estaba en la mala y yo, siempre que pude, le ayudé.

—No es la clase de ayuda que necesito.

—Perdone sí le he ofendido.

—No, Clyde, no ha sido una ofensa...

—¿Entonces?

—Un comando, Connors.

—¿Un qué?

—Creo que lo has oído bien.

—Entendí comando.

—Y no te equivocaste, Connors.

—No lo entiendo...

—Se trata de la más importante acción de guerra que hayas podido realizar.

—Un momento, general. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Claro, pero sólo contestaré si es posible.

—¿Se refiere al Vietnam?

—No, no me refiero al Vietnam.

—Pero ahora sólo tenemos una guerra, la del Vietnam.

—Es lo que muchos creen. Lo que la mayoría piensa. Lo que está en todas las bocas y en todos los cerebros... Pero no es eso. No tendremos que ir al Vietnam para llevar a cabo la actuación del comando.

—¿De qué se trata concretamente?

—No te puedo decir nada esta noche. Ni mañana. Han de pasar unos días para que tú y los demás lo sepáis.

—¿Los demás? ¿Quiénes son los demás?

—Tres hombres como tú.

—¿Quiere decir que no están en el Ejército?

—Así es. Quiero reunir conmigo a los cuatro hombres más capacitados en acciones de comando que estuvieron bajo mi mando. Ya los elegí y tú eres uno de ellos. ¿Estás conmigo?

Se hizo otra pausa. Connors estaba desconcertado.

—General... No sé... Estoy confuso. Es una verdadera sorpresa para mí.

—Ya suponía que sería una sorpresa, pero no había otra forma de decírtelo, Connors. Sólo agregaré un par de cosas.

—Adelante, general.

—Primera, me han seguido dos hombres con intenciones de matarme.

—¿Aquí?

—Sí, están ahí fuera, en tu club.

—Diga la segunda, general.

—Vamos a cometer el asalto más grande de la historia.

## CAPÍTULO II

Clyde Connors bebió un trago de *whisky* tras escuchar la última declaración del general con respecto a lo que iban a hacer.

—Imagino que no puedo preguntar qué es lo que vamos a asaltar.

—Eso forma parte del secreto que he de conservar hasta que os tenga reunidos a los cuatro hombres que haréis el trabajo conmigo. Sólo entonces daré la información.

Connors cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Disculpe, general, pero si no lo estuviese viendo ahí sentado, en carne y hueso, creería que todo esto forma parte de un sueño.

—O de una pesadilla, Connors. Creo que sería mejor decir una pesadilla.

Clyde dio unos pasos por la habitación. Se volvió hacia Reisner.

—¿Para cuándo?

—Dos semanas.

—¿No le parece muy poco tiempo?

—Lo sería para otras personas, pero no para mí. Ni tampoco lo debe ser para los hombres que he seleccionado.

—¿Quiénes son los otros tres?

—No lo sabrás hasta que los veas cara a cara.

—¿No cree que toma demasiadas precauciones?

—Todavía no tengo tu respuesta.

—Suponga que es afirmativa.

—Tampoco te diré quiénes son tus compañeros. Cualquiera de vosotros podría ser capturado.

—¿Capturado? Oh, sí, lo entiendo, hay dos hombres fuera.

—Dos enemigos que debemos eliminar.

Connors frunció el ceño.

—Oiga, general, sigo hecho un lío. Usted habla como si estuviésemos en Nápoles y corriese el año 1944 y no el 1969.

—Hablo justamente como debo hablar.

—Y al decir eliminar, supongo que se refiere a... —Connors se pasó el filo de la mano por el cuello.

—Sí, Connors, eso quiero decir.

—Pero yo soy un civil, general, y eso será considerado como homicidio.

—Si aceptas la misión que te quiero confiar, dejarás automáticamente de ser un civil, Clyde. Pasarás a ser un agente al servicio de tu Gobierno.

—¿De mi Gobierno o del Ejército de los Estados Unidos?

—¿Qué diferencia hay?

Connors no dijo nada.

Reisner se dirigió hacia la mesa. Dejó el vaso en el que quedaban dos dedos de *whisky*.

—Olvídalo, Connors.

Se encaminó hacia el dueño del club y le dio una palmada en el brazo.

—Me alegro de haberte visto, pero me harás un favor. Yo nunca estuve aquí. La última vez que nos vimos fue en 1946, en Italia, cuando entraste en mi despacho para decirme alegremente que al día siguiente regresabas a los Estados Unidos. Buena suerte, Connors.

Reisner se dirigió hacia la puerta.

—Espere, general.

Reisner se volvió con la mano en el tirador, y Connors preguntó:

—¿Podrá sustituirme?

—Sí, claro. No hay nadie imprescindible.

—¿Habló con alguien hasta ahora?

—Tú fuiste el primero.

—¿Por qué?

—Porque eras el hombre en quien deposité mi confianza. Pero no te preocupes. Encontraré a otro.

—No lo busque, general. Ya lo tiene.

Reisner se tironeó de la oreja.

—Es un trabajo peligroso, Connors. Lo es más que cualquier otro que pudiste llevar a cabo durante la guerra... Una vez te decidas, no

podrás echarte atrás. Quiero decírtelo ahora con todas las palabras. Si quisieses salir de esto, tendría que ordenar tu muerte. Todavía puedes pensarlo. Te concederé un minuto.

—Me sobran cincuenta y nueve segundos, general.

Reisner sonrió mientras volvía junto a Connors. Tendió la mano y Clyde se la estrechó.

—Trato hecho, Connors.

—¿Qué me dice de los dos hombres que están fuera?

—Será nuestro primer trabajo conjunto.

—¿Ha pensado en algo?

—Sí, saldremos los dos juntos y ellos vendrán detrás de nosotros. Los llevaremos hasta cierto lugar y allí...

—Reisner dejó las palabras en el aire.

—Comprendido.

Connors se dirigió hacia la mesa y abrió un cajón del que extrajo una pistola.

—No, Connors, eso no. No podemos hacer ruido.

—Maldita sea, general, pide demasiado.

—Formará parte de tu entrenamiento.

Clyde volvió a dejar la pistola en el cajón y cerró éste de un fuerte golpe.

—Vamos ya, capitán —dijo Reisner—. Nuestros invitados nos esperan.

—Beberé el último trago.

—Nunca se dice el último.

—Perdón, general, será el penúltimo.

—Así está mejor.

Connors bebió el contenido de su vaso.

—¿No bebe usted, general?

—No, no me hace falta. Yo nunca me licencié del ejército.

—Siempre ha estado en activo, ¿eh?

—Siempre.

—Es verdad, lo veo extraño con ese traje.

—Es un halago, Connors. ¿Estás ya dispuesto?

—Listo, general.

Clyde se puso el abrigo y los dos salieron del despacho.

Richard estaba junto a la puerta y se quedó con la boca abierta mirando a Reisner.

—Richard, tengo que salir con mi amigo —le dijo Connors—. Estaré ausente un rato.

—Sí, patrón.

—Si ves a Paul Walker, dile que tengo que verlo con urgencia esta misma noche. Que no se mueva de aquí hasta que yo regrese.

—¿Y cuándo regresará?

—No es asunto tuyo, Richard.

—De acuerdo, patrón.

Echó a andar con el general.

—Están en la barra, Connors —murmuró Reisner—, pero no mires hacia allí. Ellos creen que no me he dado, cuenta de su presencia y han de seguir creyéndolo.

Salieron del club.

—Buenas noches, señor Connors —dijo el conserje.

—Buenas noches, Tonny —contestó Clyde y siguió andando con Reisner hacia la playa de estacionamiento.

Se metieron en los asientos delanteros del coche y Reisner sacó la llave de contacto sin prisa. Estaba mirando por el espejo retrovisor.

—Ahí vienen, Connors.

—Imagino que trajo el arma adecuada.

—La tienes delante de ti.

Connors abrió la guantera.

Sacó un cuchillo de plateada hoja.

—No es nuevo para ti, ¿eh, Connors?

—No, general. Es el reglamentario. No han cambiado las medidas, a pesar de que han pasado casi veinticinco años.

—Han cambiado otras cosas —contestó Reisner con voz desprovista de emoción.

Sacó el coche del estacionamiento y lo encaminó hacia la salida. Observó otra vez el espejo retrovisor y soltó una risita.

—Ya los tenemos a nuestra zaga, Connors.

Clyde apretó la empuñadura del cuchillo. No hizo comentario alguno.

Reisner dirigió el coche por el puente Lincoln hacia Nueva Jersey, pero se desvió tres millas más allá del puente.

En un momento determinado, apretó el acelerador.

Por unos instantes, los faros del otro coche se fueron alejando,

pero enseguida sus perseguidores lanzaron su vehículo a mayor velocidad.

Reisner metió el coche por una oscura calle, a cuyos lados se veían naves que parecían estar abandonadas. A unos doscientos metros, dobló bruscamente el volante y luego frenó, apagando los faros.

—Salta, Connors. Ya llegamos.

Descendieron del coche.

—Sígueme, Connors —dijo Reisner.

Se alejaron del auto. El general cogió a Connors del brazo. Estaban en una zona oscura.

El auto de sus perseguidores pasó de largo, por el fondo de la callejuela, pero enseguida frenó. Uno de los dos hombres indudablemente había descubierto el coche estacionado.

—Ya vienen —dijo Reisner.

—¿Quiénes son?

—Enemigos. Repugnantes piojosos al servicio de una potencia extranjera —los ojos de Reisner brillaron en la oscuridad—. Hay que liquidarlos, Connors.

—Sí, general —contestó Clyde con decisión.

Reisner hizo un retroceso a Connors. Allí había un hueco, cerca de una puerta cerrada. No podían ser vistos por los dos hombres cuando siguiesen aquel camino.

—Los dejaremos llegar hasta nosotros y entonces saltaremos. El más cercano para mí.

—De acuerdo, general.

Esperaron, como dos cazadores, la aparición de la presa. El silencio hería los oídos.

Oyeron crujidos de pasos. Los dos hombres se acercaban.

El general levantó ligeramente la mano derecha y Connors vio brillar la hoja de acero. Connors miró instintivamente su cuchillo.

El general pareció percatarse de la distracción de Clyde y le apretó nuevamente el brazo hasta hacerle daño en los huesos. Luego aflojó aquella presión.

Los dos hombres aparecieron. Iban juntos.

Reisner tocó a Connors suavemente con el codo y saltó sobre el tipo que estaba más cerca, tal como había dicho.

El general supo hacer bien las cosas porque echó por tierra a su

enemigo.

El otro se volvió bruscamente, pero en ese instante cayó Clyde sobre él. Los dos se derrumbaron en el suelo.

Connors no falló. Sintió cómo su cuchillo se hundía en la carne de su enemigo. Éste se estremeció. Poco a poco, Connors notó cómo aquel hombre se relajaba. Miró al general y lo vio de pie limpiando su cuchillo con algo que sacó de la chaqueta, quizá un pañuelo.

—¿Listo, capitán? —dijo.

Connors no contestó porque le recordaba otros tiempos. Cielos, era como si no hubiesen pasado aquellos veinticuatro años. Se había encontrado media docena de veces en una situación parecida. El general y él habían hecho buenos trabajos, junto con otros hombres, pero en Italia. Reisner se las había arreglado para que la parte más difícil la hiciesen ellos dos.

Ahora el general lo miraba con ojos fijos.

—Sé cómo te sientes, Connors —dijo Reisner con voz paternal—. Pero la nación te necesita.

—Sí, señor.

Había contestado igual que en aquellos tiempos.

—Vámonos de aquí, Connors.

Volvieron al coche sin decir nada.

Llevaban ya cinco minutos viajando, de regreso a la ciudad, cuando Reisner dijo:

—¿Un trago?

—Sí.

—Hay una botella en la segunda guantera.

Connors sacó el frasco, desenroscó el tapón y bebió un largo trago.

—¿Quiere usted?

—Sí, ahora sí.

El general condujo con una mano en el volante para beber. Devolvió el frasco a Clyde y sonrió.

—Te felicito, Connors. No se te ha olvidado el punto donde hay que clavar el cuchillo.

—No, general, no lo olvidé.

—Te llevaré de regreso al club y no me verás en tres días. He de ir en busca de los otros hombres que me hacen falta. A mi regreso a Nueva York te haré una llamada citándote en cierto lugar. ¿Lo has

oído?

—Sí, general, todo.

Reisner sacó un paquete de cigarrillos. Connors cogió uno y lo prendió con la llama de un fósforo. El general estaba encendiendo el suyo con un mechero de gas. Lo dejó colgar de sus labios y puso las dos manos en el volante.

—América va a contraer una deuda con nosotros, Connors. Una deuda que no podrá pagar nunca.

## CAPÍTULO III

El general Reisner tripulaba una avioneta civil. Su objetivo estaba allí abajo, un campo de aterrizaje donde se veían avionetas rojas, amarillas y blancas.

Tomó tierra y luego llevó su aparato ante un destartelado hangar en cuya puerta se leía: «Oficina».

Un hombre gordo, con un mono de mecánico, lleno de grasa, y una gorra con la visera levantada, le salió al encuentro.

—¿Por qué aterrizó aquí, amigo?

Reisner vestía su ropa de civil.

—¿Está Bill Meiler?

Le hice una pregunta.

—Y yo le hice otra, venado...

—¿Qué es lo que dijo?

—Dije venado.

—¿Quiere que le rompa la cara?

Reisner miró los cristales de la oficina y vio a través de ellos a un hombre. Lo identificó al instante. Era Bill Meiler.

—Ya veo que está —dijo y se dirigió a la oficina.

El mecánico lo cogió por un brazo.

—Eh, usted, espere... No va a cobrar. No hay dinero.

—¿No?

—Y no me gustó eso que dijo de venado.

Gritaba enfurecido y entonces Bill Meiler salió de la oficina. Tenía el pelo blanco por las sienes, la piel oscura. Reisner supo que él no lo había identificado todavía, igual que le ocurrió a Clyde Connors. Pero le daría motivos para que lo identificase.

—Suelte esa mano, venado —le dijo al mecánico.

El hombre gordo le tiró el puño a la cara. Reisner dobló

ligeramente la cabeza, burlando el disparo, y luego pegó con el filo de la mano a su enemigo en la clavícula.

El gordo cayó de rodillas soltando un gemido de dolor. Reisner lo cogió por el cabello, le levantó la cara y le soltó dos bofetadas.

—¡Maldito! —Oyó a Bill Meiler.

Lo vio venir hacia él corriendo, con los ojos echando chispas.

—¡Lo voy a destrozar, larguirucho! ¡No debió pegar a Sandy!

Reisner saltó apartándose del gordo mecánico, flexionó las piernas y levantó las manos.

—Anda, muchacho, aquí te espero.

Bill Meiler no se detuvo en su carrera. Saltó sobre Reisner lanzando los dos puños.

Reisner esquivó el primer golpe y cambió de posición, dejando que Bill Meiler, pasase por su lado, pero ya lo tenía sujeto por una muñeca e hizo palanca con su brazo.

Bill Meiler dio una tremenda voltereta en el aire y cayó de espaldas.

—¡Maldito sea, larguirucho!... ¡Le voy a abrir la cabeza!

—No podrías, Bill —dijo Reisner—. No estás en forma. Eres un pellejo.

Meiler se volvió y miró a Reisner con un gesto de asombro.

—¿Qué dice, larguirucho?

—Lo que oíste, Bill Meiler. No vales un pepino y yo sé a qué se debe. Al condenado alcohol. Eres un asqueroso pellejo...

—¡General!... ¡General Reisner!

—Sí, Bill, menos mal que tu vista no es la de un cegato.

El rostro de Bill Meiler sonrió.

—No lo creería si no lo estuviese viendo... ¡Cielos, diría que ha crecido más!

—No, Bill, no he crecido.

—¿Por qué?... ¿Por qué hizo esto?

—Porque quería saber en qué condiciones te encontrabas.

—¿Qué?

—Eres tardo para comprender y eso también lo debes al alcohol.

—¿Qué sabe usted de mí?

—Todo lo que tengo que saber. Que bebes más de la cuenta. Pero quise cerciorarme por mí mismo. A veces se dicen cosas feas de un hombre por odio Pero esta vez no lo dijeron por odio. Dijeron

la verdad. Hasta la vista, Bill.

Reisner echó a andar.

—¡Eh, general, espere!... ¡Maldita sea, espere!

Sin embargo, Reisner siguió caminando con paso resuelto hacia su avioneta.

Bill Meiler corrió detrás de él.

—¡General pijo! ¡Deténgase!

Reisner se detuvo. Los ojos de Bill estaban muy agrandados. También se había detenido a tres pasos del general y tenía las piernas abiertas y los puños cerrados.

—Vino aquí a humillarme, ¿verdad, general de todas las chinchas?...

—No se humilla al que está en el estercolero.

—¿Qué ha dicho?

—Que eres basura, Bill Meiler.

—¿Sabe lo que voy a hacer con usted, general?

—Dilo, borracho, dilo.

—Le voy a dar la lección más grande de su vida. Y con eso le demostraré que sigo siendo el mismo Bill Meiler que usted conoció, general de todos los ratones.

Reisner respiró profundamente.

—Lo dudo.

—Usted lo duda, ¿eh? ¡Pues prepárese porque va a recibir la mayor de las palizas! ¡Lo juro por mi madre!

—Cuando gustes, borracho.

Bill Meiler empezó a dar vueltas alrededor del general, las zarpas levantadas como un animal que fuese a saltar sobre su presa y que estuviese buscando su punto flaco, o un momento de distracción.

—Le haré crujir los huesos, general de todas las víboras.

—Eres un sapo, sólo un sapo inmundo, Bill Meiler. Y me gustaría despanzurrarte. Sí, me gustará aplastar mi pie en tu puerca barriga.

—No va a tener oportunidad para eso.

—Eres un fanfarrón. Todo se te va por la boca.

—¡Espere, maldito, espere!

—No me he ido, Bill. Aquí me tienes, pero ya olvidaste mis lecciones, hipopótamo. Avanzas demasiado los pies. Sólo con un golpe te haría perder el equilibrio.

El general lo demostró. Dio un paso hacia la derecha y luego saltó a la izquierda. Pegó con el filo de la diestra en el costado de Bill, el cual se tambaleó y tuvo que apoyar una rodilla en el suelo para no caer.

—¿Lo has visto, borracho? Levántate. ¡Separa más las piernas! Esas puntas no deben estar tan lejos de tu cochina barriga. No levantes tanto la cabeza. Tampoco la proyectes hacia adelante... Eso es... Ahora deja de cerrar los puños como si fueses un muñeco llorón. Abre las manos. ¡Ataca!... ¿Estás listo para atacar?... Maldita sea. ¿Qué es lo que te detiene, bruto?

Meiler soltó un rugido y saltó sobre el general. Éste trató de pegarle con la derecha, pero la embestida de Meiler llevaba demasiado impulso y esta vez el filo de la mano del general sólo encontró músculo duro y su diestra retrocedió como si hubiese golpeado un neumático.

Los dos cayeron al suelo.

Meiler quedó encima del general y éste vio como la mano de Bill se disponía a caer sobre su cuello en un golpe de hacha, que era mortal de necesidad porque le atraparía la nuez.

Movió la cabeza un palmo y el filo de la mano de Bill Meiler se hundió en la tierra.

—¡Basta, Bill!...

—¡Lo mataré, general!... ¡Lo mataré! —Gruñó Bill como si se hubiese vuelto loco.

—¡Fuera, Bill...! ¡Acabó el ejercicio!

Meiler se quedó inmóvil, encima del general. Sus labios temblaban, y también se estremecían las aletas de su nariz, y sus ojos seguían tan agrandados como antes.

—Perdón, general. Yo... —dejó de hablar y se levantó.

Reisner se puso en pie, limpiándose de tierra las perneras del pantalón.

—Usted fue el culpable, general. ¿Por qué me comprometió?

—Ya te lo dije.

—Oh, sí, quería saber si estaba en forma. ¿Para qué?

Reisner lo miró con los ojos entornados.

—No hace falta que lo sepas. Se trata de una misión peligrosa. Mucho más peligrosa que cualquier otra que tu puerco cerebro pueda recordar.

—No soy soldado.

—No, Bill, no lo eres, y estabas en mi lista por equivocación.

Meiler parpadeó confuso.

—General, cuando me licencié, le dije que podía contar conmigo para cualquier cosa.

—Lo recordé.

—Sigo diciendo lo mismo, general... Puede usted contar conmigo.

—No, gracias.

—¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué?... Estoy en forma, ¿lo entiende?... Lo habría matado si usted no me detiene.

—Es un trabajo arriesgado para un tipo que bebe sin parar.

Bill Meiler tragó aire.

—Muy bien, bebo. Pero le voy a decir algo que usted no sabía, general de todos los piojos.

—¿Qué me vas a decir, Bill?... ¿Qué bebías antes de realizar una misión peligrosa?... ¿Crees que no lo sé? Si yo no hubiese estado al corriente de las debilidades de mis hombres, desde la más grande hasta la más insignificante, jamás me habría considerado como el mejor jefe de comandos del Ejército de los Estados Unidos... ¡Lo sabía, Bill! Sabía que eras un borracho, pero siempre te di el trabajo que merecías, en el que podrías ser el mejor. ¡Y eso hacía con todos!... ¿Lo oyes, borracho del infierno?

Meiler parpadeó otra vez.

—Usted lo sabía.

—Sí, Bill, y en cierta ocasión, cuando asaltamos aquel fortín alemán en Novara, te mandé a la muerte.

—¿Cómo?

—Te mandé a la muerte porque te habías convertido en una carga para el grupo. Estabas arriesgando la vida de los demás. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo no lo voy a recordar? Tuve que liquidar yo sólo a cuatro centinelas.

—Te había advertido que no bebieses y tú siempre estabas borracho. Tú tratabas de disimularlo y yo también disimulé que lo sabía.

—¡Puerco! ¡Canalla, me mandó a la muerte!

—Si, Bill, yo no podía consentir que destruyeses el comando.

—¡No se salió con la suya, maldito! ¡Liquidé a aquellos cuatro nazis! ¡Los acuchillé, los despanzurré!...

—Pero uno de ellos te acertó y, cuando te encontramos, te estabas desangrando como un cerdo.

—¡No morí, general de todos los farsantes!

—No, Bill, no moriste. Sólo estuviste tres semanas en el hospital.

—¿Y qué pasó con el hombre que me sustituyó en la siguiente misión, general?

—Murió.

—¿Y con el siguiente?

—Murió.

—¿Alguno de ellos bebía, general?

—No, ninguno de ellos se emborrachaba.

Meiler soltó una fuerte risotada.

—De modo que el borracho de Bill Meiler llevó a cabo su misión mejor que nadie... Y ahora pretende apartarme como aquella vez, aunque no estoy herido, y quiere sustituirme por otro. ¡Muy bien, general! ¡Hágalo, pero ese hombre no le servirá! —Bill agitó el dedo en el aire—. ¡No, no le servirá general de todas las garrapatas! ¡No le servirá como le serviría Bill Meiler!

—Trato hecho.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Que entras en el grupo, borracho de los demonios.

Bill sonrió.

—¿Lo dice en serio?

—Cuando yo tomo una decisión es formal, Bill. Lo deberías saber.

—Espere, general. Todavía no le he dicho lo que me pasa.

—¿Te refieres a los siete mil quinientos dólares que necesitas para pagar a tus acreedores?

—¿Lo sabe?

—¡Sigues tan estúpido como siempre, Bill! ¡Yo lo sé todo! Tenía que saberlo antes de venir a por ti. Te pagaré esos siete mil quinientos dólares.

—¿Usted?

—Sí, te daré los cochinos siete mil quinientos dólares para que pagues a tus cochinos acreedores y puedas salvar tu cochino campo de aviación.

—Gracias, general.

—No me las des porque esta vez, como en Novara, te voy a enviar a la muerte.

Bill rió con ferocidad.

—Ya lo estoy deseando, general... Pero dígame, ¿contra quién luchamos?

—Contra enemigos de tu país, Bill. Te mandaré el dinero mañana. Paga y lárgate a Nueva York.

—Sí, señor.

—No acabé las instrucciones. Alójate en el hotel Martinique. Recibirás mi llamada en un par de días.

—Sí, señor, pero dígame qué es lo que vamos a hacer.

Reisner se tomó unos segundos y contestó:

—El asalto más grande de la historia, Bill.

El general se dirigió hacia su avioneta.

Bill vio cómo, poco después, el aparato conducido por Reisner, corría por la pista y se elevaba en el aire.

## CAPÍTULO IV

El general Reisner entró en una habitación llena de humo.

Cuatro hombres jugaban al póker bajo un cono de luz que arrojaba una lámpara suspendida del techo.

Los cuatro hombres, al entrar Reisner, interrumpieron su juego.

Reisner se recostó en la pared. Tenía el sombrero echado sobre la nuca y una punta de cigarrillo en los labios.

Había pagado diez dólares a un hombre para que lo dejase entrar y para ello debió decir que buscaba a Sam Morley.

Allí estaba el individuo que había venido a buscar. El ex sargento Sam Morley, el hombre más farsante y más granuja de cuantos había tenido a sus órdenes en Italia, pero también Sam había sido uno de los más aptos, de los más capaces, para cumplir aquellas misiones de muerte.

Se conservaba joven aquel maldito de Morley. Era como si hubiesen pasado cinco o seis años y no veintitrés o veinticuatro.

Ocupaba justamente la silla de enfrente, de forma que Reisner podía ver bien su cara, y su eterna sonrisa de vencedor. Lo recordaba como un buen jugador de naipes y también lo recordaba como el tipo más afortunado en sus relaciones con mujeres.

Todos los del comando le envidiaban aquella atracción que ejercía sobre las hermosas italianas. Más de una vez, Sam Morley se había visto en peligro por una mujer, un peligro innecesario, y por eso el general Reisner lo había metido entre rejas, pero nunca sirvió el castigo para que Sam Morley renunciase a sus enfrentamientos amorosos.

El hombre que estaba a la izquierda de Sam Morley dijo:

—Me voy a jugar veinticinco dólares.

—Yo lo veré —dijo el que estaba a continuación.

El tercero negó con la cabeza y arrojó sus naipes en la mesa.

—Yo no, estoy en la mala.

Llegó el turno de hablar a Sam Morley, quien pintó sus naipes con parsimonia, cerró el abanico y se pasó la lengua por los labios.

—Parece que los caballeros quieren pelea.

El que primero había colocado los veinticinco dólares, un tipo cuya cara parecía hecha con puñados de arcilla, dijo:

—Ganaste ya demasiado, Sam, y esta vez perderás.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Raymond Wickers.

—Voy a ver cuántas agallas tienes, Raymond Wickers.

—Ah, ¿sí?

Sam cogió un puñado de billetes de los que tema delante.

—Ahí van tus veinticinco dólares y cincuenta más.

Raymond Wickers apretó los maxilares.

—¿Cincuenta más?

—Fue lo que puse.

—Tienes una porquería, Sam.

—Quizá sí, quizá no.

—¡He dicho que tienes una porquería!

—Muy bien, Raymond. Pon los cincuenta dólares, si estás tan seguro.

Raymond titubeó unos instantes. Por fin, con gesto rabioso, cogió un puñado de billetes y los arrojó al centro.

—Valen los cincuenta dólares.

Sam Morley miró al otro rival que estaba en el juego.

—¿Y tú, Tim? ¿Tienes curiosidad por saber mi farol?

—No, yo no —contestó el aludido y se retiró.

Raymond Wickers gritó:

—¡Canta la jugada, Sam!

—Póker.

—¿Póker?

—Sí, póker.

—¡Pediste tres cartas, Sam!

—Cierto, Raymond. Pedí tres cartas y logré un póker.

—¡Maldita sea, yo tengo un *full*, y de ases nada menos! ¿De qué es tu póker?

—De reinas.

—¡Quiero verlas!

—Claro que sí, Raymond. Es tu derecho.

Sam Morley rió divertido mientras abarcaba con las dos manos el dinero del centro y lo atraía hacia su lado.

—Hizo trampas —dijo Reisner.

Sam Morley detuvo el movimiento de sus manos y observó al hombre que estaba apoyado en la pared.

Los otros tres jugadores también miraron a Reisner y uno de ellos, el que estaba de espaldas, tuvo que volverse.

—¿Qué es lo que ha dicho, amigo? —dijo Raymond Wickers.

—Que Sam Morley hizo trampas para sacar ese póker.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de los tontos que se dejan engañar.

Sam Morley había borrado la sonrisa de sus labios.

—Oiga, entrometido. Le voy a dar diez segundos.

—¿Para qué?

—Para que salga de aquí.

Había ocurrido lo de siempre, lo que Reisner imaginaba antes de ponerse en contacto con aquellos hombres. Ninguno lo reconocía al principio, y con Sam Morley también había ocurrido. Pero era lógico, teniendo en cuenta el tiempo que había pasado desde la última vez que se vieron.

—¿Es que no me oyó? —dijo Sam Morley—. ¡Salga de aquí!

Raymond le puso una mano en el brazo.

—Un momento, Sam.

—¿Qué quieres, Raymond?

—Ha dicho que hiciste trampas.

—¿Es que lo vas a creer? ¡No conozco a ese tipo! ¡No lo he visto en mi vida!

—Miente.

Era Reisner quien había dicho eso.

Se hizo un silencio sepulcral.

Raymond apretó otra vez los maxilares y su rostro arcilloso empezó a enrojecer.

—¿Has oído, Sam?

—No soy sordo. Claro que lo he oído, ¿pero sabes lo que te digo? ¡Que ese tipo está loco! ¡Está loco como una cabra!

—Deja que seamos nosotros quienes decidamos eso, ¿verdad,

muchachos? —Se dirigió a los otros dos perdedores, y éstos movieron afirmativamente la cabeza.

Entonces Wickers clavó sus ojos en los del hombre que estaba apoyado en la pared.

—¿Qué sabe de Sam Morley? ¿Cómo hizo la trampa?

—Conteste a una pregunta. ¿Quién repartía los naipes?

—Morley.

—Pues ahí lo tiene... Sam Morley tiene una habilidad especial. Coloca en la parte superior la jugada que se quiere servir, en este caso concreto las cuatro reinas... A ustedes les sirvió los naipes por la parte inferior pero él, en un momento determinado, se sirvió de la parte de arriba. Y le diré más, Wickers. Sam Morley se sirvió sólo una reina cuando repartió los primeros cinco naipes. Fue en el descarte cuando se dio las otras tres reinas...

Wickers y los otros dos perdedores miraron a Sam Morley.

—Sam, parece que este tipo te conoce bien —dijo Wickers.

—¿Es que vais a hacer caso a un hijo de perra?

—Dio una buena explicación.

—No hice tal cosa, Wickers. Soy un buen jugador. Tú lo sabes. No necesito hacer trampas para ganar.

—Nosotros somos también buenos jugadores y hemos perdido en todas las partidas que jugamos contigo, desde que te conocimos hace dos semanas. Y ahora lo vas a escupir todo, las ganancias de hoy, las de la semana pasada y las de todas las partidas.

—Si yo estuviese en tu lugar, no me precipitaría, Wickers.

—Pero tú no estás en mi lugar, Morley. Tú no eres el perdedor, eres el que gana.

—¡No devolveré un solo centavo, Wickers!

—Entonces los amigos y yo te haremos escupir el dinero.

—¿Por las malas?

Wickers se levantó y sus dos compañeros también lo hicieron.

Sam Morley continuó sentado y miró al hombre que estaba en el fondo, a Reisner.

—¿Por qué hizo esto, bastardo?

—Por decir la verdad.

—No se vaya, bastardo.

—Aquí me quedaré.

—Ventilaré cuentas con usted, bastardo.

—Cuando quiera, Morley, pero no creo que estos hombres le den una oportunidad.

—Ya veremos —dijo Morley y levantó la mesa bruscamente, arrojando fichas y dinero al suelo.

La mesa golpeó contra los dos hombres que estaban en aquel lado.

Wickers trató de cazar a Morley con un puñetazo, pero éste lo burló con habilidad y respondió con un tremendo rechazo entre los dos ojos.

Wickers se derrumbó y ya no volvió a levantarse.

Los otros dos jugadores también habían caído impulsados por la mesa, pero ahora levantáronse y atacaron a Morley al mismo tiempo.

Uno de ellos pegó en la lámpara con el puño, aunque su objetivo había sido la cara de Morley.

La lámpara osciló de un lado a otro y la habitación se llenó de Sombras cambiantes, de golpes, de aullidos, de jadeos...

Sam Morley pegó un puntapié en el bajo vientre a uno de sus rivales y machacó las narices del otro.

Los dos quedaron en el suelo, maltrechos, sin fuerzas para reanudar la pelea.

Sam Morley había quedado dueño absoluto de la situación y estaba en el centro de la estancia, mirando a Reisner.

—Ahora te toca a ti, bastardo.

—Yo no haría eso, sargento Morley.

—¿Eh?

—Está feo pegarle a un general —dijo Reisner imperturbable.

Morley arrugó el ceño y echó a andar hacia Reisner. Se detuvo a dos pasos, observando fijamente el rostro de Reisner y de pronto se echó a reír y se palmeó el muslo derecho.

—¡Cielos!... ¡Es usted, general Reisner!

—Hola, Sam.

—¡Maldita sea, general! ¿Por qué me la jugó?

—Para conocer tus reflejos.

—Usted sabe que yo no hago trampas.

—Claro que lo sé.

Morley se quedó con la boca abierta.

—Coge tu dinero y vámonos, Sam.

Morley se agachó, recogiendo sus billetes. Dos de los hombres desvanecidos se estaban moviendo.

—Muchachos, me llevo los cincuenta dólares con que empecé la partida y los trescientos cincuenta que gané. Lo demás es para vosotros —se levantó y los señaló con el dedo—. Meteros esto en la cabeza. Sam Morley nunca hace trampas.

—Salvo con las mujeres —dijo Reisner.

Sam miró a Reisner y lanzó una carcajada.

—General, ¿puedo llamarlo otra vez bastardo?

—Puedes.

—Cuando usted quiera, hijo de perra.

Los dos salieron del cuarto en que se había ventilado la pelea.

—¿Dónde podemos hablar, Sam?

—¿Es urgente?

—¿Por qué lo preguntas?

—Quedé citado con una chica.

—¿Una nada más?

—Bueno, primero una y luego otra. Puedo concederle un hueco. Estaré libre más o menos a las dos de la mañana.

—Olvídate de ellas, Sam.

—Eh, general, no me puede pedir eso. Ya sabe que yo siempre cumplo mi palabra. Además, no conoce a Jeanne, ni tampoco conoce a Susan. Dos bombones, general. ¡Que me maten si no son dos bombones!

—Yo te he traído un bombón. El mejor.

—No me diga.

—Contigo hay que pensar en todo, Sam.

—¿Dónde está?

—En mi coche.

—¿Qué está esperando? Vamos, dese prisa. Usted es de los míos, general.

Reisner y Morley salieron del garito.

—Eh, general. ¿Cómo diablos dio conmigo?

—Tengo mis fuentes de información.

—No entiendo.

Reisner abrió la portezuela de su coche.

—Entra, Sam.

Morley ocupó el asiento delantero y miró a sus espaldas.

—Eh, general, ¿dónde está el bombón?

Reisner dio la vuelta al coche y ocupó el volante.

—Morley, todavía no me has hecho la pregunta.

—Claro que se la hice. ¿Dónde está el bombón?

—No es ésa la pregunta.

—¿Y cuál debe ser?

—¿Por qué te he buscado?

Morley sacudió la cabeza.

—Muy bien, general. Contéstela.

—Te necesito, Sam.

—¿Para qué?

—Para matar.

—Eh, general, no se habrá metido en un lío. ¿A quién quiere que mate? ¿Al amante de su mujer?

Reisner sonrió.

—No, Sam. Anne tiene ya cincuenta años y aunque se conserva bien, no es un bombón.

Morley volvió a reír.

—Eso estuvo bueno, general. No es un bombón. Qué general del diablo es usted.

—Me han llamado peores cosas durante los últimos días. General de todas las chinches, de todos los piojos, de todas las garrapatas.

Morley hizo un gesto de asombro.

—¡Bill Meiler!... ¡Eso sólo se lo pudo decir Bill Meiler! ¿En dónde vio a ese hijo de una mula loca?

—Por ahí.

—Cielos, creí que estaría muerto.

—Está vivo.

—Eso quiere decir que él también...

—Es posible.

—¿De qué se trata, general?

—Ellos no lo saben y tú tampoco lo sabrás.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que os informaré a todos al mismo tiempo.

—Oiga, general, yo no quiero rajarme, pero ya me conoce. Me gusta saber dónde pongo los pies. Compréndalo, no se trata de desconfianza, pero ahora somos civiles.

—Yo sigo siendo general, y es tu país quién te necesita y no yo. Vas a enfrentarte con enemigos de los Estados Unidos y será una lucha a muerte.

—¿Otra vez la guerra?

—Sí, Sam, será como antes. Pero con más dificultades, y, cuando llegue la hora de matar, tendrás que hacerlo sin un titubeo.

—Veo que la cosa es en serio.

—Lo es, Sam.

El jugador de póker se miró las uñas de la mano derecha.

—¿Cuántos somos?

—Cuando haya terminado de enrolar el grupo, seremos cinco.

—Muy pocos, general.

—Son los que yo considero necesarios. He estudiado el plan, pero te repito que no conocerás la misión hasta que yo lo crea necesario.

—Ya. ¿Cuándo quiere que le conteste?

—Ahora.

—Oiga, pero ya le he dicho...

—Tendrás que prescindir de los dos bombones...

—General, yo soy un tipo comprensivo y le daré un bombón.

—No.

—Escuche, general, son dos chicas como no se encuentran por ahí. Y llegaré más lejos. Le daré a usted a elegir. ¿Lo ve? Ya nos hemos entendido. ¡Para usted la mejor!

—Tendrás que salir inmediatamente para Nueva York. Hay un avión que despegue dentro de media hora. Cuando llegues a Nueva York te alojas en el hotel Sidney. Ya me pondré en contacto contigo.

—General, por favor...

—Sí o no, Sam.

Morley se rascó la cabeza.

—¡Maldita sea, cuando uno tiene todo el plan hecho!... ¡Y qué dos chicas!... ¡Qué dos chicas!... Bill Meiler tiene razón. ¡Es usted el general de todas las chinches y de todas las garrapatas!...

—¡Contesta de una vez, Sam!

—¡Le estoy diciendo que sí, general de todos los escarabajos!

## CAPÍTULO V

El general Reisner presentó su credencial ante un policía de uniforme que estaba sentado detrás de una mesa.

—¿Un general de verdad?

—Sabe leer.

—No se enfade, general. No los vemos por aquí muy a menudo. Está bien. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quiero ver —a su detenido.

—¿Qué detenido?

—Dick Qualen.

El agente arrugó la nariz.

—¿A ése?

—Sólo tengo interés por ver a Dick Qualen. No me interesa el resto de su muestrario.

—Eso sí que es bueno... —El policía se echó a reír—. Dick Qualen. ¿Sabe por qué lo encerramos?

—Imagino que sólo encierran a personas que infringen una ley.

—¿Una ley, dice? Ese hombre, Dick Qualen, ha infringido dieciocho leyes, y puede que me quede corto... Vende coches robados y sospechamos que se dedica en grande a ese negocio. Ayuda a tipos que quieren ir a México, al Canadá o al Brasil. Les proporciona pasaportes falsos.

Reisner miró al techo mientras daba un suspiro armándose de paciencia. El policía prosiguió:

—Dick Qualen es sospechoso de traficar con muchas cosas.

—Muy bien, sargento. Es sospechoso, pero ¿de qué se le acusa concretamente?

—Sólo por vender coches robados.

—Vaya, bajó mucho.

—General, dé media vuelta y aléjese de ese tipo.

—Insisto en verlo. ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—Contamínese si quiere. Es asunto suyo.

—Me contaminaré, sargento —contestó Reisner con una sonrisa de ironía mientras recogía su credencial de la mesa.

El sargento tocó un timbre y apareció un agente.

—Johnny, acompaña a este caballero hasta la celda de Dick Qualen.

—Sí, sargento.

Poco después Reisner entraba en la celda.

Había un hombre acostado en el jergón, vuelto hacia la pared. El carcelero que había abierto, dijo:

—Tienes visita, Dick.

—¡Que se vaya al infierno! ¡Ya le dije que no quería hablar con ese cochino abogado que me mandaron!... ¡Quiero otro!

—No soy un abogado —repuso Reisner.

Dick Qualen contestó sin volverse:

—¿Y qué es usted? ¿Un reverendo?

—Sólo soy el tipo que juraste matar un día si volvías a verlo.

—¿Eh?

—Aquí me tienes, Dick. Quiero que cumplas tu palabra.

El preso se movió en el camastro y puso los pies en el suelo. Se restregó los ojos. Era un hombre de robusta constitución, rostro de facciones angulosas, muy acusadas, y mentón prominente. Enfocó con la mirada a su visitante y entornó los ojos como si estuviese dando vueltas a sus recuerdos en la mente.

—¡Maldita sea, yo le conozco a usted!... ¡Pero juré matar a muchas personas y usted es sólo una de ellas!

—¿Mataste a alguna en los últimos años?

—No, claro que no.

—Entonces yo sé a cuántas has matado.

—No me diga.

—A trece. Once alemanes y dos italianos.

—¡Reisner! ¡El zarrapastroso Reisner!

—Sí, Dick, el jefe de la mayor escoria que hubo en el Ejército Americano. Y tú formabas parte de esa escoria y no has desmentido mi elección porque sigues siendo eso. ¡Cochina escoria!

—¡No me diga eso! ¡No me lo diga o lo mato!

—No lo digo yo. Me lo dijeron ahí fuera.

—¿Qué saben esos desgraciados?

—No creo que pase un solo día sin dar motivos para que la ley abra el ojo sobre ti.

—¡Un ojo!... Eso es lo que usted ha dicho. Un solo ojo y eso quiere decir que la ley está tuerta. ¡Todo pasa como ellos quieren! Soy vendedor de coches, general. ¿Sabe lo que es vender un coche? Uno llega y te dice: «Ahí tiene mi coche. ¿Cuánto me da por él?». Y uno mira, el grandísimo cornudo que tiene delante y le dice: «Doscientos pavos». Y el grandísimo cornudo se marcha y, al cabo de un rato llega la policía y te dice: «Eh, piojoso Dick, ese coche es robado y te vienes a la cárcel con nosotros»... ¿Lo ha entendido, general? Es así cómo lo pescan a uno, pero usted está acostumbrado a vivir a lo grande. A usted no le pueden pasar estas cosas. Usted robaría un coche y se quedaría tranquilo, y hasta puede que le diesen una medalla con una hermosa dedicatoria: «Al general Reisner, el mejor ladrón del Ejército Americano».

—¿Ya terminaste, Dick?

—Sí, ya acabé y ahora lárguese y déjeme que me muera aquí.

—Sigues siendo un bocazas.

—¿Eh?

—Y un miserable gusano.

—¡General!

—Conozco todas tus tretas. Siempre tratando de inspirar lástima... No has cambiado nada, Dick. Pero si tú me engañases a mí, no habría necesidad de que me estrangulases porque yo mismo me ahorcaría.

Dick se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Muy bien, general. Ya se desahogó usted también. ¡Hágase humo!

—¿No quieres que sigamos hablando?

—No, general, no quiero seguir hablando con usted. ¿Y sabe por qué? ¡Porque apesta a general zarrapastroso!

—Venía a pagar tu fianza, pero otra vez será. Muérete, Dick. Reisner se volvió para pedir que le abriesen la puerta.

—Eh, un momento, general.

—¿Qué quieres? —preguntó Reisner sin volverse.

—¿Ha dicho que iba a pagar mi fianza?

—Sí, iba a cometer la insensatez de sacarte de esta ratonera.

—¿Por qué?

Reisner se volvió y miró a Dick.

—¿Por qué crees tú? ¿Para premiarte por tu buen comportamiento? ¿Para llevarte a un campamento militar y exhibirte como modelo de soldado?

Dick se echó a reír. Primero lo hizo con suavidad y luego cada vez con más fuerza, hasta que estremeció los hombros.

—¿De qué te ríes, Dick?

—¿De qué va a ser? De usted. Ya sé por qué ha venido aquí. Usted me necesita, general. ¿Cómo no lo comprendí antes?

—Eres muy listo.

—¿Recuerda, general?... Adivinaba sus pensamientos. He recordado muchas veces una escena, allá cerca de Bolonia. Nuestra gloriosa Infantería no avanzaba un palmo. Estaban acoquinados porque los alemanes zurraban de lo lindo y nuestra aviación no podía operar debido a las inclemencias del tiempo, como ellos llamaban al rajarse, porque la verdad era que los nazis habían instalado unas defensas antiaéreas fenómeno con las que jugaban al pim-pam-pum con nuestros aviones. Los del Estado Mayor se tenían que cambiar todos los días de pantalones, cada vez que recibían una orden de ataque. Y entonces usted apareció en mi tienda con su sonrisa de conejo y va y me dice: «Lo de Bolonia se podría arreglar. Bastaría con que uno de los nuestros hiciese un trabajo especial». Y entonces yo le contesté: «No siga, general. Sé lo que usted quiere: que el gusano Dick Qualen, servidor, se llegue al Cuartel General alemán y ponga una bonita sogá al cuello del general Von Kellerman...». ¿Y cómo lo dejé a usted, general? Yo le diré cómo le dejé. De muestra, porque era lo que usted quería. El general Von Kellerman era el hueso, el tipo con talento que dirigía la resistencia en Bolonia y si él caía, se desplomaría todo el frente. Y el gusano Dick Qualen, un servidor, allá se fue, al Cuartel General de los «boches», y se tuvo que disfrazar de soldado nazi y tuvo que pasar por muchos controles, y los pasó todos, y por fin pudo poner el bonito lazo en el cuello de Von Kellerman y de esa forma nuestros lindos infantes y nuestra bonita aviación pudieron derrotar a los puercos nazis de Bolonia.

—Una historia bonita.

—Falta el final. Nadie condecoró al gusano Dick Qualen. ¡Nadie se acordó del gusano Dick Qualen!

—Otra vez estás inspirando lástima.

—¡Y un maldito cuerno estoy inspirando! ¡Pero entraré en el equipo!

—¿Cómo?

—¡Me ha oído! ¡Pague la fianza y larguémonos! ¡Consiguió su estrangulador particular!

—No, Dick.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué vino aquí?

—Por probarte.

—¿Y qué es lo que probó?

—Que no me sirves.

—¿Por qué infiernos no le sirvo?

—Estás lleno de veneno, Dick.

—¿Y de qué estaba lleno cuando luchábamos contra los alemanes?

—Eran otras circunstancias.

—¡Maldita sea! ¡Diga para qué me quiere y sabrá si le sirvo o no le sirvo!

—No puedo decírtelo.

—¿No?

—No.

Dick se rascó la cabeza.

—No lo entiendo. Palabra que no lo entiendo. De acuerdo, general, estoy lleno de veneno, pero tenía que estar usted en esta pocilga cada vez que vendo un coche. ¡Y yo soy vendedor de coches! ¡Me la tienen jurada! Se lo aseguro, general... ¿Qué quiere? ¿Que sea un buen chico?

—No es eso precisamente.

—Ya sé. Que pierda el veneno. No se preocupe, general. Lo perderé en cuanto salga de aquí y respire el aire de la calle.

Reisner titubeó.

—Había pensado en Max Britten para que te sustituyese.

—¿Max Britten? —Dick rió—. General, usted ha perdido facultades. Usted no es el mismo. ¿Qué espera que haga por usted Max Britten? ¿Cuántas veces tuvo que mandarlo al hospital para que lo mirasen los loqueros?

—Fue un buen soldado y cumplía mis órdenes al pie de la letra.

—Pero estaba como un cencerro. Y le diré algo que usted no sabe. Lo han encerrado después de licenciarse. Hasta es posible que en estos momentos esté en una clínica.

—Está libre.

—¿Lo sabe usted?

—Yo lo sé todo con respecto a mis muchachos.

—Muy bien, general. Si usted cree que un loco puede ocupar mi lugar, adelante. ¡Pero que el cielo se apiade de sus almas!

Reisner se miró la punta de los zapatos, los brazos en jarras. Así permaneció durante un rato. Finalmente miró a Dick y dijo:

—De acuerdo, te sacaré.

—A sus órdenes, general —sonrió Dick pegando un taconazo y llevando la mano a la cabeza en un saludo militar.

## CAPÍTULO VI

El general Reisner había alquilado una casa en las afueras de Washington para «aquello».

La casa contaba con un amplio jardín y con un alto muro que defendía la propiedad de las miradas de los curiosos.

Eran las ocho de la noche, la hora en que debía llegar el primero, Clyde Connors.

A cada uno de ellos le había entregado una llave para abrir la puerta del jardín, pero no de la casa.

Oyó pasos fuera.

Abrió la puerta y en el hueco vio el rostro sonriente de Clyde Connors.

—Hola, general.

—Adelante, Connors.

Se estrecharon la mano.

Reisner vestía un uniforme de general.

—Caramba, general le sienta bien la armadura.

—¿Un *whisky*?

—Desde luego.

Cruzaron el vestíbulo y entraron en un amplio salón.

—Es bonita la casa, pero un poco tétrica —comentó Connors—. ¿Es suya?

—No, la arrendé. La dueña se marchó a Europa. Se le ahogó un hijo de cuatro años en la piscina.

—Tétrica —repitió Connors.

Reisner le dio su vaso.

—A tu salud, Connors.

—A la suya, general. —Connors bebió un trago y después de chasquear la lengua preguntó:

—¿Y los demás?

—Vendrán de uno en uno.

—¿No me dice quiénes son?

Sonó el timbre.

—Ahí tienes a tu primer compañero.

Reisner acudió a abrir y estrechó la mano de Bill Meiler. Lo olfateó mientras tanto.

—No, general, no he bebido una sola gota.

—No sé si creerte.

—Créalo porque es la verdad. Y para que vea que soy sincero, pesqué una borrachera anoche. Como despedida. Supuse que usted me iba a tener a pan y agua.

—Sígueme.

Fueron al salón y Meiler abrió la boca sorprendido.

—¡Clyde Connors!

—¡Bill Meiler!

Connors dejó su vaso y los dos antiguos compañeros se abrazaron dándose palmadas en la espalda.

—Grandísimo hijo de perra —dijo Clyde—. ¿Dónde te metiste?

—En un campo de aviación. Tengo un aeródromo para mí solo.

—¿Es posible?

—Sí, Clyde, palabra.

—Y apuesto a que te has hecho millonario.

—Seguro, muchacho, seguro. El dinero me sale por los bolsillos y tengo a las mujeres que quiero. Acuden a mí para que les enseñe a pilotar, y las muy granujas quieren que luego les enseñe otras cosas.

Connors lanzó una carcajada.

Reisner los observaba y sonreía con benevolencia ante la mentira de Bill Meiler, pero eso le gustaba porque parecía estar escuchándolos en Italia, en 1944, soltando los mayores embustes acerca de un par de días de vacaciones que pasaban desperdigados. Aunque se hubiesen aburrido como asnos, volvían al campamento contando historias de *Las mil y una noches*.

—¿Cómo te va a ti, Clyde?

—Tengo un club nocturno.

Meiler miró a Connors con respeto.

—Demonios, Clyde, eso es bueno. Podremos ir a juerguearnos de vez en cuando.

—Seguro.

Reisner intervino.

—Tendréis que demorar eso un poco.

—Oh, sí, desde luego, general —repuso Meiler—. Nosotros podremos esperar el tiempo que sea.

Connors tomó su vaso de *whisky* y bebió un trago.

Meiler lo miró y súbitamente sintió la garganta seca.

Reisner se dio cuenta de eso porque era su obligación darse cuenta de todo. Tenía que meterse en el cerebro de sus muchachos para que «aquello» saliese bien.

Se dirigió hacia la mesa y escanció en un vaso.

—Bebe, Meiler.

—¿Eh? —dijo asombrado Bill.

—De momento, esto es una fiesta.

—Con mil amores —dijo Bill y aceptó el vaso que el general le alargaba.

Reisner consultó su reloj. Ahora le correspondía llegar a Sam Morley. Ya llevaba un retraso de dos minutos.

Clyde y Bill se sentaron en un sofá.

—Eh, Clyde, ¿te acuerdas de la que armamos aquella vez en Roma?

—La armamos muchas veces. No sé a qué te refieres.

Bill rió palmeando el muslo de Clyde.

—Eso estuvo bueno, Clyde. Tienes razón. La armamos muchas veces, pero yo me refería a las dos italianas... ¿Cómo se llamaban, infiernos?

—Giuletta.

—¡Eso es! Una se llamaba Giuletta.

—Y la otra Rosanna.

—Demonios, Clyde, tienes una memoria de elefante. A mí se me olvidaron.

Reisner sabía por qué se le olvidaban las cosas a Bill. Por el alcohol. Debería tener cuidado con él, aunque la misión de Meiler sería pura mecánica de matar.

—Vinieron cuatro piojosos italianos y quisieron quitarnos las chicas, ¿eh, Clyde? Aquélla fue una buena pelea. ¡Por todos los infiernos! Fue la mejor pelea que he tenido en toda mi vida. Las banquetas iban por el aire y también aquellos puercos italianos iban

por el aire. Era como jugar a bolos. Cogías a un italiano, lo alzas y allá iba derribando mesas. Y uno de aquellos piojosos me pegó un trancazo por detrás. El muy bastardo, hijo de perra. Creí que habíamos perdido la pelea hasta que desperté con una de aquellas muñecas pegándose besos y diciéndome: «Cariño, aquí tienes a tu Giuletta para curarte».

—No, no era Giuletta. Era Rosanna la que quería curarte con besos. Giuletta me estaba curando a mí.

Sonó nuevamente el timbre y Reisner acudió a abrir. Pero no era Sam Morley el hombre que llegaba ahora, sino Dick Qualen y lo hacía puntualmente.

—A sus órdenes, general. Se presenta el reo Dick Qualen.

—Adelante, Dick.

Cuando entraron en el salón. Qualen se quedó como una estatua mirando a los dos hombres que estaban sentados en el sofá.

—General, ¿en dónde pescó a estos hijos de mala madre?

Clyde y Meiler se levantaron como impulsados por resortes y fueron al encuentro de Dick. Se abrazaron.

—Clyde, grandísimo bergante, ¿dónde metiste tu sucia cabeza?

—Dick, ¿a qué vertedero fuiste a parar?

—Meiler, cuidado con lo que dices.

Reisner sirvió también su vaso de *whisky* a Qualen, y escanció en el de Connors y el de Meiler.

—Eh, Dick —dijo Meiler—, estás hecho un tripón.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—¡Te voy a romper tu puerca nariz, hijo de una vaca tuberculosa!

Fueron a pegarse y Clyde los apartó diciendo:

—Nada de mordiscos, muchachos. Pelearéis con arreglo a las puercas reglas del comando. Cada uno de vosotros sólo tiene derecho a sacarle un ojo al otro.

Meiler y Qualen dejaron el vaso sobre la mesa.

—¡Basta! —dijo Reisner.

—No se meta en esto, general de todos los insectos —gritó Meiler.

—Lo mismo digo —rezongó Qualen.

—Al que primero empiece la pelea, le pego un tiro en un remo.

Lo juro.

Los dos miraron a Reisner y le vieron con la pistola en la mano.

Reisner hizo una mueca.

—No consiento peleas.

—Las consentía entonces, general, y este hijo de perra me llamó tripudo, y eso sólo se lo consiento a usted.

—Muchachos, os advertí que esto es más importante que cualquier cochina cosa que hicieseis en Italia. Allí, si cualquiera de vosotros se hubiese quedado fuera de combate, no habría perjudicado la marcha de la guerra porque la habríamos ganado sin vosotros. Pero ahora las cosas cambiaron y no os puedo perder a ninguno porque fuisteis los elegidos. Nada de peleas particulares. Si tenéis ganas de matar a alguien, no os preocupéis, yo os daré oportunidad para que os desahoguéis...

Las palabras del general tranquilizaron los ánimos de Meiler y Qualen.

Reisner dijo:

—Estrecharos la mano.

Meiler y Qualen cambiaron un apretón de mala gana.

—General —dijo Clyde—, ¿por qué no empieza ya con su información?

—Falta uno.

—¿Quién?

—Uno.

En aquel instante sonó el timbre de la puerta.

—Con permiso, caballeros —dijo Reisner y se dirigió a abrir.

Era Sam Morley.

—Llegas con quince minutos de retraso.

—Mi taxi cogió un atasco.

—¿Fue un atasco o fue un bombón?

—General, usted lo sabe todo.

—Te rompería la cara, Morley, pero acabo de decir a los muchachos que no consiento peleas.

—Tampoco yo me dejaría pegar, general.

—¡No consiento una insubordinación, Sam!

—No soy un soldado.

—No, no lo eres. Ni lo vas a ser. ¡Lárgate!

Reisner fue a cerrar la puerta, pero Morley se lo impidió

alargando el brazo.

—Espere, general.

—¿Qué quieres, Morley?

—Que me deje entrar.

—¿Por qué habría de hacerlo si empiezas por no aceptar mis órdenes?

—De acuerdo, general. Fue un bombón. No tuve más remedio. Es la dueña del hotel. Me guiñó el ojo y ella es una rubia platino de treinta años que perdió el marido hace seis meses. Sentí lástima. No lo pude remediar, pero sentí lástima —levantó la mano como si estuviese ante un Tribunal—. Lo juro.

—Tú y tus cochinas mentiras.

—¿Es que no me va a creer habiéndolo jurado?

—No habrá más bombones.

—No, señor, no los habrá. Cerrada la confitería.

—Pasa, te estamos esperando. Eres el único que falta.

—Recuerde el proverbio, general. Los últimos serán los primeros.

—No me gustan los chistes malos.

—De acuerdo, general. Cerrada también la ventanilla de chistes.

Reisner torció la boca y le hizo una señal con la mano para que lo siguiese.

Entraron en el salón.

La atmósfera había cambiado. Clyde, Bill y Dick hablaban en voz alta y reían.

Clyde Connors borró la sonrisa. Se quedó muy serio, fijos los ojos en Sam Morley.

Meiler fue el primero en reaccionar.

—¡El puerco Sam!... Mírenlo ahí con sus cuatro patas. No le falta ninguna. ¡El mismísimo Sam Morley!

Corrió hacia él y se echó en sus brazos.

Sam lo apartó de sí.

—Grandísimo cornudo, ¿cómo te va? Me he acordado de tus cuernos durante veinte años. Nunca encontré a un tipo más cornudo que tú.

Bill rió a mandíbula batiente.

—Sam, cuánto me alegro de verte... Pero esta vez no me pondrás los cuernos, hijo de perra. El general nos ha prohibido las

mujeres.

Dick también corrió hacia Sam.

—Hola, Sam.

Morley lo abrazó.

—¿A cuántos primos engañaste durante estos años, Dick? Debes tener un récord.

Reisner se pasó la mano por la boca para ocultar la sonrisa. Sam Morley conocía bien a Dick Qualen. Recordó su conversación con aquel sargento de policía, cuando éste le decía que Qualen había infringido dieciocho leyes y se quedaba corto.

Clyde Connors continuaba en el mismo sitio. Y su rostro parecía el de un tótem indio.

Reisner sabía que aquél era el peor momento.

Sam Morley terminó de abrazar a Dick y miró a Clyde Connors.

—¿Cómo estás, Clyde? —Hizo su pregunta con una sonrisa.

—Bien, ¿y tú?

—Tirando.

No, no le gustó a Reisner. Demasiado protocolario. Demasiado frío.

Tenía que intervenir, cortar de raíz cualquier rivalidad entre los miembros del grupo. Eso podía ser fatal para la misión. Era un asunto delicado, pero tenía que hacerlo. Ahora debía ser como un cirujano que corta sin compasión un miembro podrido.

—Muchachos, han pasado veinticuatro años. Lo que ocurrió entonces, debe ser olvidado. Quizá me he equivocado al elegiros. Entonces erais jóvenes y llegasteis a mí como cachorros, y yo tuve que perder mi tiempo en limar vuestras cochinas zarpas. Eso fui yo, una manicura al servicio de la peor gentuza que formaba parte del Ejército Americano. Ahora sois viejos. Alguno de vosotros creará que ha triunfado en la vida, pero yo le voy a bajar los humos. Cualquier cosa que haya hecho y que él considere muy grande, es sólo una porquería. Una piojosa porquería. Resulta fácil elevarse en el mundo en que vivimos. Todos vosotros habéis reptado en este puerco pantano de la vida, pero vosotros sólo seréis privilegiados por una cosa. Yo os ofrezco una oportunidad para hacer algo de mérito, algo de valor. Sólo eso os colocará a la altura de los triunfadores, de los hombres excepcionales.

Hizo una pausa observando que los cuatro hombres estaban

atentos a sus palabras.

—Cualquier cuestión particular entre vosotros debe ser olvidada.

Meiler y Dick asintieron con la cabeza, pero Connors y Morley no hicieron aquel gesto.

Reisner lo esperaba. No, no le podía pillar de sorpresa.

—Connors, Morley...

Los dos aludidos se estiraron.

—Entre vosotros existió una de esas cuestiones particulares y fue por una mujer. Ocurrió cuando estaba terminando la guerra... ¡No me interrumpáis, maldita sea! Podéis pensar que es asunto vuestro, pero ahora también es asunto mío... ¡Vais a olvidar aquel problema!... Yo os he reunido y no lo he hecho para que peleéis por aquello que os separó. Ninguno de vosotros planteará el problema hasta que todo haya terminado. En lo que a mi se refiere, una vez terminada la misión, podéis mataros si queréis. ¿De acuerdo?

Connors y Morley se miraron y luego desviaron los ojos esta vez hacia el general.

—De acuerdo —asintió Connors.

—Yo también —gruñó Morley.

Reisner sonrió.

—Bien, así me gusta. Muchachos, ha llegado el momento de que os informe de cuál es nuestro objetivo. ¿Queréis acompañarme?

Abrió una puerta y dio la luz. En la estancia había un aparato proyector y una pantalla al fondo. También estaban dispuestas cuatro sillas.

—Sentaos —dijo Reisner.

Los cuatro hombres ocuparon las sillas.

Reisner dio vuelta al conmutador de la luz y sumió la habitación en la oscuridad.

—Voy a proyectar una diapositiva en la que veréis el lugar que debemos asaltar.

Sonó un clic y en la pantalla se reflejó la Casa Blanca, la residencia del Presidente de los Estados Unidos de América.

## CAPÍTULO VII

Tras la aparición de aquella diapositiva en la pantalla y las palabras del general, se había hecho un gélido silencio.

Reisner se tomó diez segundos y luego dio otra vez la luz, dejando en la pantalla a la Casa Blanca que perdió nitidez como si estuviese envuelta en niebla.

Observó que los cuatro hombres tenían todavía sus ojos fijos en la pantalla.

El primero en volverse fue Clyde Connors.

—General, no comprendo una palabra. ¿Qué infiernos se trae entre manos?

Sus tres compañeros también se volvieron.

Reisner sonrió mientras daba la vuelta. Todos lo siguieron con los ojos. Por fin Reisner quedó enfrente a ellos, ante la pantalla.

Meiler gritó:

—¡Ahí vive el Presidente!

—Sí, Bill. Es la Casa Blanca.

—¿Y es eso lo que debemos asaltar?

—Sí.

—¿Para qué?

Esta vez la pregunta la había hecho Clyde Connors.

—Para impedir que nuestro Presidente caiga en manos de los más asquerosos conjurados que han existido sobre el planeta.

—¿Una conjuración?

—Sí, Connors, eso es lo que vamos a evitar. Lo que destrozaremos con nuestras manos. Un complot contra el Presidente, contra nuestra nación, contra el mundo...

—¿Qué pretenden los conjurados?

—Se admiten hipótesis —contestó Reisner.

Hubo un nuevo silencio.

Bill Meiler levantó una mano.

—¡Ya lo tengo!

—Habla, Bill.

—Matarán al Presidente y dejarán en su lugar a un tipo que se le parecerá mucho. Serán como dos gotas de agua y el nuevo Presidente hará lo que los conjurados quieran.

—Eso lo has visto en la televisión —repuso Sam Morley—. Y yo también lo vi.

Reisner movió la cabeza.

—No, muchachos, no es eso.

Dick Qualen hizo chasquear los dedos.

—Espere, general. Ya sé lo que es. No se trata de secuestrar al Presidente, sino de meterle una inyección. Le harán un lavado de cerebro y lo convertirán en un robot.

—No, Dick, tampoco es eso.

Se hizo una nueva pausa.

—Clyde —dijo Reisner.

—No, general, yo no hago hipótesis. Prefiero que lo diga usted.

—Si todos os dais por vencidos, lo diré.

—Nos damos por vencidos —contestó Sam Morley.

—Bien, muchachos. —Reisner respiró profundamente—. Los conjurados se proponen apretar el botón rojo.

—¿El botón rojo? —dijo Meiler—. ¿Qué es eso?

Clyde Connors contestó:

—Lo que pone en marcha el arsenal atómico de los Estados Unidos.

—Sí, Clyde —le sonrió Reisner—. Si alguien aprieta ese botón rojo, en pocos segundos se pondrán en marcha centenares de cohetes con cabeza nuclear. Armas termonucleares transportadas por proyectiles dirigidos. Y será también el aviso definitivo para que aviones supersónicos transporten inmediatamente esa clase de bombas para dejarlas caer sobre los lugares señalados en un plan llamado: «Destrucción total».

—¿Sobre qué puntos? —preguntó Sam Morley.

—Son muchos, pero los más importantes están enclavados en Rusia y China.

—Caramba —exclamó Dick Qualen—, no me gustaría estar en

donde esos pájaros pongan sus huevos.

—¿Qué pasaría después, general? —preguntó Meiler.

—En cuestión de un par de minutos, después de que alguien hubiese apretado el botón rojo, seríamos represaliados.

—¿Quiere decir que también a nosotros nos untarían con bombas atómicas y termonucleares?

—Sí, Dick. No hay duda, pero los conjurados piensan otra cosa. Que con un ataque masivo por nuestra parte destruiríamos las posibilidades enemigas para realizar la represalia. Se equivocan completamente. Nuestros enemigos potenciales tienen bases de exploración dotadas magníficamente. Ellos sabrán que nosotros hemos puesto en marcha nuestras armas ofensivas segundos después de haber sido disparadas. Sorprenderán a nuestros aviones cuando ni siquiera hayan recorrido la mitad de la distancia que los separa de sus objetivos... Habrá represalias y, por lo tanto, morirán docenas de millones de americanos. Esos hombres están locos y nuestra misión consiste en impedir que se realice su locura.

—Un momento, general —dijo Clyde.

—Adelante, Connors.

—Usted conoce la conjuración, puesto que nos ha elegido a nosotros para deshacerla. ¿Voy bien?

—Sí, vas bien.

—Nuestro Gobierno tiene servicios de seguridad. Está la C. I. A.

los servicios de Información del Ejército, los diversos organismos de contraespionaje... ¿Por qué infiernos no se ha dirigido usted a ellos para abortar ese complot?

—Muy inteligente la pregunta, Clyde.

—Contéstela, general.

—Es la mar de sencillo. Los conjurados han tendido sus redes hasta los organismos de seguridad. Si denunciase la existencia del complot, yo sería considerado loco. Antes de veinticuatro horas sería internado en una clínica psiquiátrica. Los conjurados no son tontos. Han previsto las emergencias y cerraron los caminos para destruirlos.

Sam Morley preguntó:

—¿Cómo se enteró usted de la existencia de tal complot?

Reisner sonrió.

—Yo soy uno de los conjurados.

—¿Usted?

—Sí, tuve que aceptar para conocer sus planes.

Clyde Connors intervino:

—¿Y los dos hombres que matamos el día que usted fue a visitarme, general?

—Eran dos vigilantes que me habían colocado los propios conjurados. No podía dar un solo paso, ir en busca de vosotros llevándolos a mis talones. Por eso te dije que había que eliminarlos, Clyde.

—¿Y cuál ha sido la reacción de los conjurados al saber que sus dos vigilantes fueron muertos?

—Sospechan de mí, pero no tienen ninguna seguridad. Dije que no sabía nada de la muerte de mis dos espías.

—Entonces le habrán vigilado más.

—Me destinaron otros dos, pero logré burlarlos.

—¿Está seguro de que ellos no conocen la existencia de esta casa?

—La arrendé utilizando a otra persona, y hoy mismo, al venir aquí, me quité de encima a mi guardia personal.

—Entonces se habrá hecho más sospechoso que nunca.

—Es posible, y por eso hemos de tener cuidado. Estar vigilantes en todo momento... Liquidaremos al que nos descubra. De todas formas, ellos no pueden imaginar lo que estoy preparando.

Clyde sacudió la cabeza.

—Todo esto me parece absurdo, general.

—Sí, Clyde, estoy de acuerdo contigo. Parece absurdo, pero hay en juego demasiadas cosas para no suponer que pueda ser verdad, que existen hombres dispuestos a desencadenar una guerra nuclear.

—Sigamos con la conjuración —dijo Sam Morley—. ¿Cómo lo harán?

—Ocupando el despacho presidencial donde se encuentra el botón rojo. Pero tienen que hacer otra cosa.

—¿El qué?

—Apoderarse de las claves.

—¿Qué claves?

—Las que se guardan en un portafolios que siempre lleva consigo un oficial del ejército de los Estados Unidos. En todo

momento se encuentra muy cerca del Presidente.

—Pero eso significa, prácticamente, que tendrán que raptar al Presidente.

—No les hará falta. Ellos han pensado en todo. Llevarán a cabo la ejecución de su plan un día muy señalado, en el que el oficial del portafolios no estará cerca del Presidente.

—¿Qué día es ése?

—El veinte de enero.

Dick Qualen exclamó:

—¡El día de la transmisión de poderes entre Johnson y Nixon!

—Sí, Dick —asintió el general—. Ésa es la fecha señalada para la conjuración. Mientras el Presidente cesante, Johnson, esté transmitiendo sus poderes al Presidente reelegido, Nixon, el oficial que maneja el portafolios, en el que se guardan las claves, se encontrará en una determinada habitación del ala occidental de la Casa Blanca, protegido por varios soldados. El plan de los conjurados es matar a esos soldados y a cuantos se interpongan en su camino, entrar en el despacho privado del Presidente y apretar el botón rojo. Cuando se habla de apretar el botón rojo, no me refiero al acto físico de la presión. Antes de ello, hay que manejar otra serie de botones y para ello son necesarias las claves. Una vez efectuado este trabajo, oprimiendo el botón rojo se pondrá en marcha nuestro dispositivo ofensivo.

—¿Cuántos hombres van a intervenir por parte de ellos?

—Una docena.

—Nosotros somos cinco, general. ¿Cómo piensa que vamos a impedir que esos doce nos ganen?

—Os seleccioné entre una lista de cincuenta. Y os elegí porque cada uno de vosotros vale como mínimo por tres miembros de un comando. Si nuestro número cinco lo multiplicamos por tres, obtendremos quince, y ya somos superiores.

—Quisiera estar convencido como usted de esa operación aritmética —comentó Clyde.

—Has de estarlo, muchacho. Es el futuro de nuestro país y el del mundo lo que está en juego.

—Imagino que habrá pensado en los problemas que se plantearán.

—En todos.

—¿En nuestro traslado a la Casa Blanca? ¿En cómo nos desenvolveremos allí?

—He dicho que en todo. Tengo una colección de diapositivas. La primera ya la habéis visto, la de la Casa Blanca, y ahora seguiréis viendo cosas. Pero tendréis que abrir bien los ojos para que se os quede fijo en la mente. Durante los diez días que faltan para el veinte de enero tendréis que andar por la Casa Blanca como si fuese la vuestra, como si hubieseis estado viviendo allí durante años.

En aquel momento se oyó un zumbido. Una luz roja se empezó a encender y a apagar en la pared.

Reisner exclamó:

—¡Tenemos enemigos en casa, muchachos!... ¡Hay que liquidarlos! Os felicito. Ya tenéis trabajo. Ahora pondréis en juego vuestros conocimientos para matar.

—Dijo que nadie le había seguido —repuso Clyde.

—Me equivoqué.

—Así que saben la existencia de esta casa.

—Sí, Clyde, y eso quiere decir que ninguno de ellos puede escapar con vida.

—¿Dónde están? —preguntó Sam Morley mientras señalaba la bombilla, que ya había dejado de encenderse, así como el timbre de zumar.

—La alarma está conectada con el porche.

Clyde sacó una pistola de la axila.

—No, Connors, con eso no.

—¿Quiere que los matemos con pastelillos?

—Con arma blanca.

Meiler sacó un cuchillo.

—Si pregunta por un carnicero, aquí lo tiene.

—Bravo, Bill. Imagino que los demás no tienen armas blancas.

Los otros hombres negaron con la cabeza.

Reisner se dirigió hacia una mesa y abrió un cajón, sacando un estuche. Dentro de éste había cinco cuchillos.

—Que cada cual coja el suyo.

Los muchachos obedecieron.

—Clyde, Sam, saltad por esa ventana y atraparlos por la espalda. No atacéis hasta estar seguros del número. Ya he dicho cuál es mi orden. ¡Que no escape nadie!

—Sí, señor —dijo Clyde.

Sam ya estaba abriendo la ventana. Salió por ella seguido por Connors.

Reisner se dirigió a Bill Meiler y a Dick Qualen.

—Vosotros dos, seguidme.

## CAPÍTULO VIII

—¿Cuántos son? —preguntó Sam Morley.

—He visto dos —contestó Clyde Connors.

—Estaban detrás de un seto, en la oscuridad.

—¿Atacamos?

—Todavía no. Puede haber otro.

—¿Desde cuándo das tú las órdenes, Sam?

Los dos hombres se miraron retadoramente y Clyde dijo:

—¿Sabes que te estuve buscando, canalla?

—No lo sabía —contestó Sam.

—Claro que lo sabes y por eso no te encontré. Porque te escondiste como un ratón.

—No, Clyde, yo nunca me he escondido de nadie. Ni tampoco me escondería de un tipejo como tú.

—¿Te dieron mi mensaje, Sam?

—Sí, me lo dieron.

—¿Quién te lo dio?

—James Duncan.

—¿Qué te dijo James Duncan?

—Que me buscabas para sacarme las tripas.

Otra vez guardaron silencio. Parecía no importarles nada aquellos enemigos que se habían introducido en la mansión arrendada por el general Reisner. Los dos seguían mirándose a los ojos, el cuchillo levantado, apuntando cada uno al estómago del otro.

—Duncan te dio el mensaje con mis propias palabras, Sam.

—Entonces, ya puedes rajarme.

—Sí.

—Nunca encontrarás una oportunidad más buena. Tienes un

cuchillo en la mano, Clyde.

—También es cierto. Pero el general Reisner nos necesita. Te sacaré las tripas cuando todo esto haya terminado.

—Gracias por aplazarlo —sonrió Morley—, pero métete esto en la cabeza, Clyde. Quizá no te dé tiempo a rajarme y te raje yo a ti.

—Inténtalo.

Algo se movió a la derecha. Connors lo vio por el rabillo del ojo.

—Cuidado, Sam, hay otro.

—¿Dónde? No lo he visto.

—A nuestra derecha. Vete tú hacia la casa, yo me ocuparé de él.

—¿Y darte la espalda, Clyde?

—¿Qué piensas?

—Que me podrías acuchillar ahora. Es eso lo que has pensado, ¿eh, Clyde? Y luego le dirías al general que te confundiste de enemigo, que no seguí la dirección que tú me habías señalado. Que todo estaba negro... ¿O le dirás que yo, te atacué y tuviste que defenderte?

—Eres un imbécil, Sam. Estamos metidos en un buen jaleo. Dimos nuestro consentimiento al general y no podemos dejarlo en la estacada. He dicho que lo nuestro puede esperar. He esperado muchos años y no me importa esperar unos días más.

—De acuerdo, gran hombre. De acuerdo.

Sam se movió hacia la casa: Clyde se retiró unos pasos y corrió agachado al lugar donde había visto moverse los arbustos.

Vio brillar algo. No dudó lo que era. Una pistola.

Se fue acercando a su enemigo, deslizándose como un tigre antes de caer sobre un cervato.

Saltó sobre él.

Su brazo fue rápido. Sintió cómo su cuchillo se hundía en el cuello de su enemigo como en un bloque de mantequilla.

Un estertor de su víctima y luego nada. Relajamiento total. Limpió el cuchillo en las ropas de su víctima y miró hacia la casa.

Vio como Sam salía de entre los arbustos y caía sobre un tipo que estaba agachado junto al porche. Deseó con todas sus fuerzas que Sam fallase, que el otro le metiese un kilo de plomo en la barriga. Pero se equivocó. Sam se levantó mientras el otro quedaba a sus pies.

Clyde se reunió con él.

—Sigues siendo bueno, Sam.

—Tú también, Clyde —sonrió Morley—. Será un gran duelo entre nosotros, aunque yo olvidaría el pasado.

—Yo no lo podría olvidar ni aunque muriese tres veces.

—Te equivocas. Con que mueras una vez, bastará. Y si tienes alguna duda, pregunta a este tipo que macheteé si se acuerda de su niñez o de lo que comió esta mañana.

En aquel momento oyeron a Reisner.

—Misión cumplida, Meiler y Qualen se encargaron del tercero.

—¿No hay nadie más? —inquirió Sam.

—No.

—He llegado hasta la verja y no he visto a nadie.

—¿Qué hacemos ahora?

—Hay que enterrarlos. Encontraréis palas y picos en la cochera. Meiler y Qualen aparecieron sonriendo.

—Eh, muchachos —dijo Meiler—. ¿Cómo os fue?

—De primera —contestó Sam.

Reisner cortó la conversación.

—No podemos perder el tiempo. Hemos de volver a la sala de proyecciones para continuar el aprendizaje. Meted a esos perros bajo tierra.

\* \* \*

Reisner había preparado unos bocadillos y unas botellas de vino. Bill cogió una de las botellas.

—Cielos, vino de Sorrento... General, usted está en todo.

—Debo estarlo para teneros contentos.

—¿Y dónde están las mujeres? —preguntó Sam Morley.

—Tendrás que pasarte sin ellas por una temporada.

—Entonces reparta los cinturones de castidad.

—Gracioso, muy gracioso. Maldita sea.

Se pusieron a comer los bocadillos y a beber vino.

Reisner estaba en un sillón observándolos.

—¿No come usted, general? —dijo Dick.

—No, Qualen. Comí algo antes de que llegaseis vosotros —se levantó—. Vamos.

Entraron de nuevo en la sala de proyección y cada uno de ellos

ocupó su silla.

El general apagó la luz.

La diapositiva que reflejaba la Casa Blanca estaba sobre la pantalla.

Reisner oprimió el botón del mando electrónico.

Sonó un clic y la diapositiva de la Casa Blanca fue sustituida por otra en la que aparecía el Presidente Johnson rodeado por varios militares, en su despacho privado.

Reisner se apartó del proyector y cogió un puntero. Señaló en la pantalla a un general de pelo blanco.

—Os presento al jefe de los conjurados. El general William Dawis.

—Hijo de perra —dijo Dick Qualen— general Reisner, hágame un favor. Déjeme que le ponga un bonito lazo en el cuello.

Reisner rió aquella salida.

—No sé cómo morirá el general Dawis. Puede que yo mismo me ocupe de él. Pero habrá para todos, Dick. Aquí tenemos al general Jacques Foster, otro de los conjurados. Es el ayudante de Dawis.

Se refería a un hombre alto, de cejas espesas.

—Atención ahora —dijo Reisner.

Levantó el puntero y lo apoyó en un oficial que se veía al fondo del despacho del Presidente, como si no formase parte del grupo.

—Es el capitán Alex Ritt. Observad lo que maneja en la mano derecha.

—Un portafolios —dijo Sam Morley.

—Sí, Sam, y es el portafolios donde están las claves que ponen en marcha el botón rojo. Lo vais a ver más cerca.

Reisner regresó junto al proyector e hizo funcionar el mando. La diapositiva del despacho del Presidente fue sustituida por otra en la que se veía al propio Johnson entrar en un edificio. A su derecha llevaba al Secretario de Defensa McNamara, antes de que éste hubiese dimitido para ocupar la presidencia del Fondo Monetario Internacional.

A la izquierda de McNamara marchaba el capitán Alex Ritt con aquel portafolios, pero el oficial se había quedado como dos palmos atrás, y todavía estaba subiendo la escalera con un pie en cada peldaño. La fotografía era buena porque se veía con nitidez el portafolios.

—Ahora veréis un primer plano del portafolios.

Sonó un clic y apareció el portafolios que sostenía el capitán Alex Ritt. En el cierre se veía el escudo de los Estados Unidos.

—General, para abrir ese portafolios se necesita una llave —dijo Sam Morley.

—Ellos la tendrán, pero antes de que lo puedan abrir nosotros nos apoderaremos del portafolios.

—¿Y dónde nos apoderaremos de él? —preguntó Clyde.

—Observad bien lo que vais a ver ahora.

Cambió la diapositiva y apareció otra con una serie de edificaciones. Había números. Hasta diecisiete.

—Tenéis ante vuestros ojos el ala occidental de la Casa Blanca y, por si a alguno le interesa la historia, fue construida por orden del Presidente Teddy Roosevelt en 1902. Es aquí donde vamos a operar. No nos interesa lo que hay en el centro y en el ala oriental.

\* \* \*

Habían pasado dos horas.

En la pantalla seguía reflejándose el ala occidental de la Casa Blanca.

Reisner, como un maestro ante la pizarra, con su puntero, señalaba uno de los números.

—Número dos, Meiler.

Meiler cantó como un alumno.

—Secretariado de Prensa del Presidente.

—Número cinco, Sam.

—La Sala de Sesiones. Cuando un miembro del gabinete dimite, se lleva el sillón a su casa.

—Sam, eso lo dije como anécdota. No hacía falta que te lo aprendieses.

—Yo soy un buen muchacho, profesor, y quería ganarme la manzana de premio. Pero si usted quiere sustituir la manzana por una maestra en buen estado...

—¡Basta, Sam!

—Sí, señor.

—Número quince, Dick.

—Gabinete de Duplicados.

—Número catorce, Clyde.

—Teléfono Rojo. En momentos de crisis nacional, el Presidente y sus consejeros más íntimos se reúnen aquí. Hay una comunicación directa entre esta sala y el Pentágono, así como con el teléfono Rojo de Moscú.

—Tú mismo, Clyde. Número nueve.

—Servicio Secreto.

—Dick, número cuatro.

—La Pecera.

—Un momento. Quiero daros una explicación acerca de la Pecera. Este salón está destinado a conferencias.

—¿Por qué se llama la Pecera, general? —preguntó Meiler.

—Eres un bruto, Bill —dijo Dick—. Porque debe haber peces.

—Sí, muchachos —asintió el general—. Fue Franklin Delano Roosevelt quien montó en la sala unos acuarios. Es importante porque, desde esta sala, se ve mejor que desde ningún otro sitio la comunicación entre el piso bajo y el primer piso.

Clyde Connors se levantó de la silla.

—General, me quema una pregunta en los labios.

—Sé cuál, es, Clyde.

—¿Ah, sí?

—¿Cómo vais a llegar hasta la Casa Blanca?

—¿Vais? ¿No se incluye usted?

—No, no me incluyo porque estaré en la Casa Blanca cuando todavía vosotros no hayáis llegado. Yo soy uno de los conjurados y, como general me corresponde un lugar de honor en un palco cerca del lugar en donde se encuentren los dos presidentes en el Congreso. Pero me trasladaré a la Casa Blanca en el momento preciso.

—Muy bien, ¿cómo vamos a llegar nosotros cuatro al festejo?

—Con un helicóptero.

—No me digan que tirarán bengalas y cohetes cuando nos vean.

—No. Clyde, pero llegaréis sin novedad. Saldréis de aquí con uniforme del ejército de los Estados Unidos. Todos seréis oficiales. El día diecinueve yo traeré aquí un *jeep*.

—¿Y adónde iremos con el *jeep*?

—A la Base de Courtland.

—¿Y nos apoderaremos del helicóptero?

—No tendréis que apoderaros de nada. Llevaréis un pase. Pondrán un helicóptero a vuestra disposición. Bill Meiler lo pilotará.

Bill intervino:

—Es usted un zorro, general. Por eso me buscó. ¡Me necesitaba, maldita sea!

—¿Crees que eres el único que sabe pilotar un helicóptero? Tenía una docena para elegir. Te seleccioné porque, aparte de saber pilotar un helicóptero, también sabías matar, y lo hacías primorosamente.

—De acuerdo, general —intervino Sam—. Ya estamos volando en el helicóptero hacia la Casa Blanca.

—Saldréis de la base exactamente a las dieciséis treinta.

—¿Por qué exactamente a esa hora?

—Porque a las diecisiete está señalada la marcha oficial de la caravana desde la Casa Blanca hasta el Congreso.

—Espere, general. El Presidente Johnson se marcha de la Casa Blanca para ir al Congreso. ¿Quiere decir que el oficial con el portafolios se quedará?

—Sí, Clyde eso es lo que dije. Será el único momento en el que el oficial con el portafolios se encuentre alejado del Presidente.

—Y usted estará en el Congreso.

—Pero entre las diecisiete cuarenta y las dieciocho me pondré en marcha hacia la Casa Blanca. Yo estaré allí para recibiros.

—¿Y cuál es el punto exacto donde tendremos que desembarcar? Reisner levantó el puntero y señaló el plano.

—Punto diecisiete, Clyde.

—La piscina.

—El helicóptero tomará tierra a unos veinte metros de la piscina. Hay una puerta por aquel lado. Bill Meiler se ocupará de abrir esa puerta. Era tu especialidad, Bill.

—Sí, señor.

—He conseguido un modelo de la cerradura de esa puerta. La abrirás cien veces durante estos días. Hasta con los ojos vendados.

—Sí, señor.

—Y no creas que dispondrás de mucho tiempo. Tendrás que abrir la puerta de la piscina en treinta segundos.

—Descuide, la abriré.

—Ya basta por hoy. Continuaremos mañana.

\* \* \*

Veinticuatro horas más tarde, Reisner continuaba su lección.

—¡Número once y número trece, Bill!

—La barbería en el once y el Consejo Nacional de Seguridad en el trece.

—Muy bien.

—Una pregunta, general.

—Dispárala.

—¿Podré afeitarme?

Todos soltaron risas y el general se miró la punta de los zapatos y luego miró otra vez a Bill, que estaba muy satisfecho por su chiste.

—No, Bill, me temo que no habrá tiempo para que te afeites o te afeitarán a ti el gaznate.

Bill se tocó el cuello instintivamente y eso provocó nuevas carcajadas de sus compañeros.

—Dick, el dieciséis y el tres.

—Comedor del personal en el dieciséis y antesala de la Prensa en el tres.

—Clyde, ¿qué números comprende la planta sótano?

—Del diez al dieciséis ambos inclusive.

—¿Y cuál es el número uno?

—La Sala de Prensa.

—¿Qué hay en la Sala de Prensa?

—Mesas, sillas y treinta cabinas telefónicas de línea directa.

—Número seis y número diez, Dick.

—Secretario particular del Presidente en el seis y comunicaciones en el diez.

—Número doce y diecisiete, Bill.

—Laboratorio fotográfico en el doce y piscina en el diecisiete.

—Número siete y ocho, Clyde.

—En el siete se ubica el despacho ovalado del Presidente y en el ocho el despacho particular del Presidente.

Sam Morley levantó la mano.

—¿Cuál es la pregunta, Sam?

—Nos hemos aprendido de memoria ya todo eso. Nadie se equivoca, general.

—Soy yo el que tiene que decidir.

—Mi pregunta es la siguiente, general. ¿Dónde estará el hombre con el portafolios de las claves?

—No lo sabré hasta el último momento.

—Suponga que llega el último momento y tampoco lo sabe.

Reisner se golpeó la palma de la mano con el puntero.

—Debéis tener en cuenta una cosa. El general Dawis y sus conjurados no podrán hacer nada sin las claves del portafolios. Yo soy uno de los conjurados y por lo tanto sabré al mismo tiempo que ellos donde se encontrará el oficial.

—Son demasiadas suposiciones.

—Recuerdo sus palabras durante la guerra, general. Hay que suponer todo para eliminar la más pequeña posibilidad de fracaso.

—Enhorabuena, Sam. No lo olvidaste.

—No, señor. ¿Cuál es su respuesta ahora?

—En un caso de emergencia y suponiendo que no supiésemos dónde se encuentra el oficial del portafolios, tendríamos que apoderarnos del despacho ovalado del Presidente y con eso dominaríamos también el acceso a su despacho particular. Los conjurados tendrían que ir allí necesariamente para apretar el botón rojo mediante las claves conseguidas.

Fue Clyde quien levantó la mano.

—¿Puedo hablar, general?

—Sí, Connors.

—¿Qué hemos de hacer con el oficial de las claves si damos con él?

—Reducirlo a la impotencia.

—¿Como un paquete?

—Sí, atado y amordazado.

—Pero él ofrecerá resistencia.

—Se le dejará sin conocimiento.

—¿Y si hay lucha? El puede sacar su pistola.

—Se le liquidará.

—Eso quiere decir que tenemos que tomar la delantera a los conjurados.

—Exacto, Clyde.

—¿Qué hay de los soldados?

—Tendremos que eliminarlos.

—Será una carnicería, general.

—No os invité a celebrar un *garden-party*. El único medio de hacer fracasar la conjuración es apoderarnos del oficial del portafolios. Sin él, los conjurados no podrán hacer nada. Nosotros tendremos las claves. Sin ellas, nadie podrá oprimir el botón rojo y no nos debe importar el precio que cueste. Si han de caer seis soldados, habrá que matarlos. Si ha de morir el oficial, el oficial morirá —hizo una pausa—. ¿Algo que oponer?

Nadie dijo nada.

## CAPÍTULO IX

—Siempre habichuelas —dijo Sam Morley—. ¿Es que no sabes hacer otra cosa, Bill?

—Os hice huevos fritos con tocino para desayunar.

—Lo mismo que ayer y que anteayer. ¡Lo mismo que todos los días!

Clyde soltó una risita.

—El señor quiere la comida del Hilton. ¿O prefiere la del Waldorf?

—No te metas en esto, Connors.

—¿Por qué no he de meterme?

—Porque no va contigo.

—Todo lo que pasa aquí me incumbe.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? ¿Por qué tú lo quieres, Connors?

—Porque yo lo quiero.

Dick Qualen dejó oír su voz.

—Muchachos, ¿es que vais a pelear por una tontería? Reisner no está, pero ya dijo que calmásemos los ánimos mientras él estuviese ausente. Y todos sabemos por quiénes lo dijo. Por vosotros dos. Siempre estáis como el perro y el gato.

—Cierra el pico, Dick —dijo Clyde.

—¡No le digas eso a Dick! —gritó Sam—. No está a tus órdenes.

—Conque no, ¿eh? Entérate de esto, Sam. Todos estáis a mis órdenes.

—¿Quién lo ha dicho?

—¡Yo era vuestro superior en Italia!

—No estamos en Italia ahora, Connors.

—Reisner me eligió a mí antes que a nadie.

—Porque estabas más cerca. Eras el único de nosotros que se

encontraba en Nueva York.

—¿Crees que me eligió primero sólo por eso?

—Sólo por eso. Y aquí no das órdenes.

Clyde se levantó de la mesa.

—¡Ya estoy harto de ti, Sam!

—¡Yo me harté de ti hace mucho tiempo!

—¡Vamos a ventilar esto de una vez por todas!

—Cuando quieras —dijo Sam Morley y se levantó también.

Bill y Dick los miraban con asombro.

—Eh, chicos, ¿qué vais a hacer? —dijo Bill—. No debéis cometer una tontería.

—¡Te dije que te callases la boca! —exclamó Clyde y sacó el cuchillo.

Sam hizo lo mismo.

Los dos se retiraron lentamente de la mesa, vigilándose.

Quedaron quietos, las piernas ligeramente flexionadas, el brazo con el cuchillo adelantado.

—Ha llegado tu hora, Sam —dijo Clyde.

Morley le sonrió.

—Es lo que tú crees, pero te equivocas, Connors. Yo seré quien te saque las tripas.

Clyde pegó una cuchillada.

Sam se apartó y la hoja de Connors rasgó solamente el aire.

Sam volvió a sonreír.

—Ese club nocturno te hizo perder vista, Clyde.

—Fue solo un ensayo.

—Puedes hacer otro ensayo si quieres. Dos. Tres. Seguirás fallando, Clyde. Soy más ligero que tú.

—¿Por qué no ensayas tú?

—Porque yo no voy a fallar. Lo mío no será un ensayo. Cuando tire el cuchillo hacia adelante, lo hundiré en tu puerca carne.

Bill y Dick estaban con la boca abierta, los ojos agrandados. Habían perdido el habla.

Clyde dio un grito y saltó en el aire, sobre Sam. Esta vez su brazo estaba adelantado. Pareció que había logrado sorprender a su rival. Y de pronto, Sam se dejó caer en el suelo, sobre los cuartos traseros, justo cuando el cuchillo de Clyde iba en busca de su pecho. Levantó las piernas cuando recibía a Clyde encima, y lo lanzó hacia

atrás.

Clyde continuó volando por el aire y se estrelló en el suelo.

Sam se levantó como un rayo.

Clyde también se levantó, aunque daba la impresión de estar un poco aturdido por el golpe.

—Ahora te abriré en canal —dijo Sam con los dientes apretados.

La voz de Reisner restalló como un látigo.

—¡Quietos los dos!

Bill y Dick miraron el hueco de la puerta, donde había aparecido el general, pero Sam y Clyde continuaron vigilándose, los cuchillos en posición de ataque.

Reisner entró en la estancia. Estaba rojo de indignación.

—¡Maldita sea! Si estuviésemos en el ejército, ordenaría que os fusilasen a los dos.

Se puso entre los dos contendientes, los brazos en jarras, y miró a uno y a otro alternativamente.

—Os creéis muy valientes, ¿eh? ¡Pero yo os diré lo que sois! ¡Un par de retrasados mentales! Si no fuese demasiado tarde para elegir a otras personas, ahora mismo os sacaba de aquí a puntapiés... ¡Guardad esos cuchillos!

Sam y Clyde llevaron aire a sus pulmones. Los dos al mismo tiempo movieron el brazo y guardaron los cuchillos.

Reisner exclamó:

—Infiernos, no me equivoqué. Sois gentuza, pero siempre creí que aceptaríais la disciplina.

Sam y Connors cambiaron una mirada y por último se dirigieron a sus sillas para continuar almorzando.

\* \* \*

Reisner estaba pasando diapositivas de las distintas estancias que formaban el ala occidental de la Casa Blanca, las habitaciones que debían atravesar desde la piscina hasta el despacho ovalado del Presidente y el despacho particular.

De pronto, sonó el zumbador y la bombilla se encendió y se apagó.

—¿A cuántos trajo esta vez a sus talones, general? —dijo Sam rompiendo el silencio.

—Estaba seguro de que a nadie.

—Ríes se equivocó.

—Estuve hoy con los conjurados. Llegué a la conclusión de que nadie sospechaba de mí.

—¿Y qué dijeron de los hombres que matamos? Todavía no nos informó, general.

—Se supone que hubo una filtración y hasta admiten como posible que el Servicio de Seguridad sepa que se prepara un complot, pero ignoran de qué se trata. ¡Sam, Clyde! Salid por la ventana.

—¿Y nosotros? —preguntó Bill.

—Os quedáis conmigo. Sólo sonó una vez el zumbador.

Clyde y Sam se descolgaron por la ventana, a la oscuridad del jardín.

Llegaron hasta la esquina de la casa. Clyde asomó la cabeza.

—No veo a nadie —dijo.

—Quédate aquí —repuso Sam.

—¿Qué vas a hacer?

—Pasar a la otra parte.

—Pueden estar justamente allí.

—Te vendrá de perlas que me liquiden. Así no necesitarás ver mis tripas.

Sam echó a correr y se detuvo ante un seto. Esperó pacientemente a oír un chasquido, una respiración, o a descubrir algo que se moviese. Pasaron los minutos.

Algo se movió a la izquierda.

Entonces se puso en marcha. Descubrió al visitante. Estaba detrás de un árbol.

Se preparó para saltar y apretó con firmeza el mango del cuchillo. Acabaría con su enemigo de una sola vez. Se lanzó al aire pero, en el último momento, vio que su enemigo cambiaba de posición. Sin embargo, logró atraparlo por la cintura.

Oyó un chillido femenino.

Justamente su cuchillo bajaba en busca de la garganta de su rival. Lo desvió a tiempo y la hoja se hundió en la tierra.

Estaba encima de la mujer. Ella lo miraba con ojos asustados y estaba paralizada por el terror.

—¡No me mate!

—¿Y por qué no?

—Sólo vine siguiendo a una persona.

—Eso ya lo sabemos y es por lo que vas a morir.

Era muy bonita, de unos veintitrés o veinticuatro años, morena, de cabello y ojos negros, busto desarrollado.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Sam.

—Helen.

—¿Helen que más?

—Helen Harris.

—¿Ya quién viniste siguiendo?

—Al general Reisner.

—Vaya, eres una espía muy juiciosa. Canta a la primera de cambio. ¿Fue eso lo que te enseñaron?

—¿Espía?... Yo no soy una espía.

—¿No? ¿Y qué eres? ¿Una vendedora de helados?

Clyde llegó corriendo.

—¿Qué pasa, Sam?

—Somos unos tipos estupendos. Nos visitó mis América.

—¿Una mujer?

—¿Necesitas gafas, Clyde? Claro que es una mujer.

—Quiero ver al general Reisner —habló la joven.

—¿Para qué? —inquirió Sam.

—Llévenme ante él.

—¿Qué dices tú, Clyde? ¿La degollamos aquí o lo dejamos para más tarde?

—¿Ha venido sola?

—No se lo pregunté todavía.

—He venido sola —contestó la joven—. ¡Quítese de encima! ¡Me está haciendo daño!

Y añadió con voz más dura:

—Apártese. ¡Quiero ver al general Reisner!

Sam la cogió por el cabello y se levantó. Ella pegó un chillido.

—¡Bruto!... ¡Suélteme!

—No, nena, vas a ir así hasta el general Reisner. Ya sé para qué quieres verlo. Para matarlo. Fue la misión que te confiaron.

—Es usted un estúpido.

—Su bolso, Clyde.

Connors cogió el bolso de la joven y lo abrió, examinando su

contenido.

—No trae armas, Sam.

—Déjeme el pelo.

Sam la cogió del brazo y le dio impulso hacia la casa.

Clyde fue detrás de ellos.

Les abrió Dick Qualen, el cual se quedó perplejo al ver a la joven.

—Demonios, una mujer...

—Una muerta no sirve para nada —le contestó Sam.

—Eh, Morley, no se debe matar a las monerías mientras sirvan de adorno.

—Ésta sólo adornará el jardín.

La joven miró con ojos furiosos a Sam.

—¿Le han dicho que es usted un animal?

—No, no me lo han dicho. Estaba esperando que aparecieses tú para oírlo.

El general Reisner salió del despacho y se detuvo al ver a la joven.

—¡Helen!

—Buenas noches, Glen.

—¿Qué haces aquí?

—Te seguí.

—¿Por qué?

—Creí que ibas en busca de otra mujer.

—¿Cómo?

—Te encontré extraño durante estas últimas semanas y empecé a sospechar que hubiese otra.

Bill Meiler había aparecido por detrás de Reisner.

Los hombres que formaban el comando estaban perplejos, escuchando aquel diálogo entre el general y la bella intrusa.

—Ven, Helen —dijo Reisner—. Bill, sal de ahí.

Helen miró a Sam, quien la seguía sujetando por el brazo.

—¿Me suelta ya? ¿O se va a quedar con el brazo para siempre?

—Ya veo que tiene dueño. Te lo devuelvo.

La dejó libre y la joven echó a andar y entró en la habitación.

Reisner observó a los cuatro hombres con el ceño fruncido.

—Lo siento, muchachos. Ha sido culpa mía —luego entró en la habitación, sin más explicaciones y cerró la puerta tras de sí.

Dick Qualen encanutó los labios y lanzó un silbido.

—¡Madre mía, las que se busca el general!

Bill Meiler se cogió la pernera del pantalón con la punta de los dedos y, dando unos pasos femeninos, se dirigió hacia Sam y Clyde, y dijo con voz atiplada:

—¡Socorro!... ¡Sálvenme!... ¡Soy una hermosa chica en dificultades! Oh, Sam, tú que eres tan valiente, cógeme del bracito.

Sam le pegó un puntapié en las nalgas.

—Cósete la boca, payaso.

Meiler cayó en el suelo muerto de risa, apretándose el estómago.

Clyde se apoyó en una columna, sacó un cigarrillo del bolso de la joven y lo encendió con el mechero de gas.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Dick Qualen.

—El general Reisner se irá a llevar a la chica a su casa —contestó Clyde.

—Pero ella sabrá lo que se cuece aquí —repuso Sam.

—¿Y qué?

—No me gusta.

—¿Qué es lo que no te gusta? ¿La chica? Está un rato bien.

—Sabes a lo que me refiero. El lío en que estamos metidos es demasiado gordo. La chica es lista y, aunque el general no le diga nada, puede deducir muchas cosas. Una mujer siempre es un estorbo. Nunca las mezclamos en nuestras misiones. El general lo ha repetido una y otra vez. Para un comando, una mujer sólo debe ser un entretenimiento.

Se abrió la puerta y apareció Reisner.

Todos lo miraron con atención.

El general carraspeó mientras se rascaba una patilla.

—Muchachos, os estabais quejando de la cocina. He pensado que Helen se quede. Ella cocinará para nosotros desde ahora. Con eso quiero decir que formará parte del grupo hasta el veinte de enero. Ese día saldremos de aquí y ella también se irá, pero en otra dirección.

Helen se dejó ver junto al general.

Los cuatro hombres cambiaron la dirección de sus ojos, y ya no miraron a Reisner, sino a la joven.

## CAPÍTULO X

—Demonios, esta carne en salsa está para chuparse los dedos —dijo Bill.

—Estoy de acuerdo —asintió Clyde—. Esto es comida y no la bazofia que tú nos dabas.

La joven estaba de pie, viendo cómo los cuatro comían.

Reisner no estaba allí. Les había dicho la noche anterior que aquella mañana la pasaría en la Casa Blanca.

—Hay reenganche, muchachos —dijo Helen.

Dick y Bill se levantaron de un salto con el plato vacío.

Helen les sirvió más carne en salsa.

—¿Y tú, Clyde?

—No, gracias, ya tuve bastante.

—Estás desganado.

—Un poco.

—¿Y tú, Sam?

Morley clavó sus ojos en los de ella.

—No me gusta la carne en salsa. La prefiero en fresco —al mismo tiempo que hablaba recorrió con la mirada los brazos desnudos de la joven.

—Mañana compraré filetes para asar.

Terminada la comida, la joven se llevó los platos.

Los cuatro miembros del comando fumaban cigarrillos.

Bill se desperezó.

—Voy a continuar abriendo la cerradura.

—¿Qué tal te sale? —preguntó Clyde.

—De maravilla. No os fallaré. Me van a sobrar muchos segundos de los treinta. ¿Vienes, Dick?

—Sí, y te vendaré los ojos para que hagas cegato tu trabajo.

—Trato hecho.

Bill y Dick salieron del comedor.

Al quedar a solas, Clyde dijo:

—¿Qué piensas de ella, Sam?

—¿Ella?

—Sólo hay una mujer aquí.

—Es hermosa, atractiva, seductora...

—Y tiene dueño.

Sam miró a Clyde.

—Oh, sí, desde luego.

—Debe importarte poco eso, ¿verdad?

Sam se levantó.

—No quiero discutir contigo, Clyde. Me voy a ver diapositivas.

¿Me acompañas?

—No, gracias. Las veré luego, cuando tú hayas terminado.

—Como quieras.

Sam se metió en la sala de proyecciones, pero se dirigió hacia la ventana. Abrió ésta y salió por ella. Dio la vuelta a la casa y entró por la puerta trasera que comunicaba con la cocina. Lo hizo todo sigilosamente y Helen, que estaba de espaldas, no notó su presencia.

Sam la estrechó por detrás y la besó en el cuello.

La joven dio un gritito y se volvió bruscamente.

Sam la seguía abrazando cuando la tuvo frente a sí.

—¿Qué has hecho, Sam?

—Besarte.

—¡Suéltame!

—No.

—Suéltame y te prometo que no se lo diré al general.

—No se lo dirás de todas formas.

—¿Por qué crees que no?

—Estamos metidos en un negocio importante. Tú no puedes echarlo a perder. Y es lo que pasaría si se lo dijese. Además, hay otro motivo.

—¿Cuál?

—Que me quieres.

—Estás chiflado.

—Llevas cuatro días aquí y desde entonces hemos cambiado pocas palabras. Ése es un síntoma.

—¿Síntoma? ¿De qué?

—De que me quieres. De que estás loquita por mí.

—¡Eres un asno! Si no te he hablado, es síntoma de que no te puedo ver ni en pintura.

—Eso es lo que pensaría un tonto.

—Y tú eres muy listo.

—Lo soy con las mujeres. Te he estado comiendo con la mirada, Helen.

—De eso ya me di cuenta.

—Y tú me has comido a mí, cariño.

—¿Eso crees?

—No me has dejado ni los huesos, antropófaga.

—¡Me vas a soltar ahora mismo!

—No.

—¡Me sueltas o me pongo a chillar! Vendrán tus compañeros. ¿Y qué explicación les vas a dar si te encuentran abrazándome?

—Tú no gritarás.

—¿Por qué no?

—Porque te voy a tapar la boca —dijo Sam y la besó en los labios.

Helen soltó gruñidos, trató de separarse de él, le golpeó en los hombros.

Sam continuó estrechándola, cada vez más con más fuerza, y de pronto rugió la voz de Clyde.

—¡Déjala, maldito!

Sam se apartó de Helen, pero no se dio ninguna prisa.

Clyde había entrado por el mismo lugar que él, por la puerta trasera.

Helen retrocedió golpeando la espalda contra la pared. Respiraba jadeante.

—¡Eres un canalla, Sam! —dijo Clyde—. No me la pegaste con eso de ir a ver las diapositivas. Imaginé lo que ibas a hacer. Otra vez se repite la historia. Una mujer que tiene dueño no significa nada para ti, no quiere decir que tú debas respetarla.

—No necesito contestarte.

—¡Me vas a responder!

—Hay cosas que saltan a la vista, ¿no, Clyde?

Connors lo señaló con el dedo.

—Helen, míralo bien... Este hombre me quitó la mujer que yo quería, lo mismo que se la quiere quitar ahora al general Reisner. Yo amaba a Angélica. Me iba a casar con ella. ¿Y qué imaginas que pasó? Mi buen amigo Sam Morley se largó con ella. Pasó tres días con Angélica en una aldea y luego la abandonó.

—Te hice un favor —repuso Sam.

—¿Qué es lo que dices?

—¡Que te hice un cochino favor! ¡Entérate de una vez por todas, pedazo de idiota! Yo no secuestre a Angélica. Vino conmigo por su propia voluntad. Ella no te merecía. ¿Lo oyes, pedazo de alcornoque? Pero tú no supiste comprender eso. Tú me buscaste durante mucho tiempo para sacarme las tripas. Muy bien, sácamelas.

Hubo un silencio.

—Habrá tiempo, Sam. Te obligaste a tomar parte en esto y participarás.

—Eres muy amable —contestó Sam y salió de la cocina.

\* \* \*

Estaban cenando cuando llegó Reisner.

—Buenas noches, muchachos.

Ellos contestaron al saludo y luego el general se dirigió hacia la joven, la rodeó por la cintura y la besó en la boca.

—Hola, Helen. Estás más hermosa que nunca. Te va bien el papel de cocinera.

Clyde dirigió una mirada a Sam.

El general dejó libre a Helen y ocupó la cabecera de la mesa. Vestía de uniforme.

—Chicos, he estado en la Casa Blanca. Las cosas se han complicado.

—¿En qué sentido? —inquirió Sam.

—Habrá doble vigilancia mientras los dos Presidentes están en el Congreso.

—¿Qué significa doble vigilancia? —preguntó Clyde.

—Normalmente hay dieciséis soldados en las habitaciones y pasillos por donde tenemos que cruzar para llegar hasta el oficial de las claves. El día veinte habrá treinta y dos, treinta soldados y dos

oficiales.

Bill, que no había dejado de comer, se atragantó al oír aquello. Dick Qualen le palmeó en la espalda para ayudarle a pasar el bocado.

Clyde dio un suspiro.

—Nosotros no podremos contra treinta y dos soldados. Necesitaría a cinco hombres más en el comando, general, y puede que me quede corto.

—Sí, Clyde, te quedarías corto, pero lo haremos nosotros solos.

—General —intervino Sam—. Me gustó mucho su operación aritmética del otro día. Ya sabe, la de que valemos por tres. Pero ahora, con la multiplicación y todo, quedamos en una gran inferioridad. Si hay un fallo, no sólo tendremos que enfrentarnos con los treinta y dos soldados del ala occidental. Sino que tendremos que luchar con los refuerzos que lleguen del centro y del ala oriental.

—No habrá refuerzos si hacemos las cosas bien. Y las vamos a hacer bien.

—¿Se le ha ocurrido algo?

—Sí.

—¿De qué se trata?

Reisner escanció vino en un vaso y bebió un trago. Luego miró uno a uno el rostro de sus hombres, que estaban pendientes de sus palabras.

Emplearemos cartuchos con un gas especial que adormecerá a los soldados por espacio de varias horas. Naturalmente, nosotros llevaremos máscaras.

Los cuatro miembros del comando hicieron gestos de sorpresa.

—Repámpanos —exclamó Bill—. Será como ir de picnic.

El general Reisner prosiguió:

—De esa forma, sólo emplearemos el cuchillo o la estrangulación en un caso de emergencia.

—¿Dónde están los cartuchos? —preguntó Clyde.

—No los tengo todavía, pero los tendré.

—¿Qué me dice de la ubicación de los soldados?

—También conoceré eso antes de que nos pongamos en marcha.

Helen Harris estaba en su dormitorio, a solas. Se cubría con el camisón.

De pronto llamaron a la puerta. Se puso el batín, acudió a abrir y se encontró en el hueco con Sam Morley.

—¿Qué haces aquí, Sam?

Morley se metió en la habitación y cerró la puerta.

—Estoy esperando al general, Sam.

—El general no viene. Tampoco vino las otras noches.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé.

—¿Me estuviste espiando?

—Sí.

—No me harás creer que te pasaste varias noches en la escalera o en una esquina del corredor, vigilando si el general estaba o no en mi habitación.

—Sólo estuve un rato. Ese general es un buen chico. Se ve que piensa mucho durante el día y necesita dormir durante la noche.

—¿Ya dijiste todos tus chistes? Lárgate, entonces.

Sam trató de abrazarla, pero ella dio un salto, alejándose.

—No te acerques a mí, Sam.

—Las decepciones que se lleva uno. Aquí estamos los dos solos y cuando nuestro corazón puede galopar al unísono, tú quieres que me marche. Cariño, ¿por qué eres tan desconsiderada conmigo?

—Eres el tipo más cínico que he conocido.

—¿Cínico? ¿Por qué? ¿Porque pienso en ti todo el día y parte de la noche?

—Te conozco bien, Sam. Ya no me puedes engañar.

—Oh, sí, nos conocemos a través de lo que dijo Clyde. Yo soy un sujeto que roba las mujeres de los demás.

—Me parece que eso está claro.

—Tú no perteneces al general, dulzura.

—¿Quién te ha dicho que no?

—El general es un tipo estupendo para dirigir un comando, pero no entiende de mujeres. Ya lo ves, aquí te tiene y apuesto a que no se llega ni a decirte buenas noches. Compáralo conmigo. Yo te estaría dando las buenas noches durante toda la noche.

—Tú eres demasiado impulsivo.

Sam echó a andar hacia la joven y ella volvió a retroceder.

—Te he dicho que no te acerques a mí. ¡No lo hagas o te busco la ruina!

—¿Y cómo lo harás, preciosa?

—Gritando. Y esta vez no dejaré que me tapes la boca.

—¿Acaso no te gustó que te la tapase?

—Ni pizca.

—Embustera —rió Sam—. Eres una maldita embustera.

—¿Cómo te atreves?

—Si Clyde no hubiese entrado en la cocina, me habrías atrapado por la nuca para que no me marchase.

La joven apretó los dientes.

—Eres un...

—Impulsivo.

—Iba a decir algo peor.

—Dímelo al oído, amor mío.

La rodeó por la cintura y la atrajo suavemente hacia sí y ahora ella no se opuso y él la besó en los labios, pero lo hizo con suavidad.

Helen apartó la cara. Tenía el ceño fruncido.

—¿De qué barro estás hecho tú, Sam?

—Del mejor, nena.

—No, no es ésa la respuesta... Lo tuyo es increíble.

—Yo te haré creer en mí —sonrió Sam y la besó otra vez.

—Sam —dijo ella— eres un loco.

—Me lo han dicho muchas veces, pero agregaron otra palabra. Soy un loco maravilloso o cualquier cosa así.

—Si Reisner entrase ahora...

—Olvídate de Reisner.

—Pero podría entrar...

—Reisner está a un millón de kilómetros de nosotros. Y también lo están los demás, Connors, Meiler y Qualen... Nos hemos quedado en un mundo vacío, en donde sólo hay sitio para dos personas... Tú y yo... Así de fácil, nena.

La besó otra vez.

Y entonces se abrió la puerta.

Helen se apartó soltando una exclamación.

Sam estaba mirando al fondo y vio reflejado en el espejo del tocador al general Reisner.

Se volvió lentamente, Reisner y él se miraron.

El rostro del general parecía tallado en granito. Se cubría con una camisa blanca, desabrochada por el cuello, y unos pantalones caquis, muy usados, y calzaba los pies con pantuflas, pero aun así se le veía alto porque lo era mucho más que cualquiera del comando.

El silencio era tan profundo que hería los oídos.

—Fuera, Sam —dijo Reisner.

Sam sonrió levemente y movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, señor.

Miró a Helen y le hizo un saludo con la mano.

Pasó junto a Reisner y éste permaneció en el mismo sitio, como si lo hubiesen clavado al suelo.

Sam entró en su cuarto, encendió un cigarrillo y se tendió en la cama. Pasaron diez minutos, quince, y al fin llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Entró Reisner, que cerró la puerta y se apoyó en ella.

Sam continuó tendido en la cama.

—¿Quiere que me marche, general?

—No puedo prescindir de ninguno de mis hombres —hizo una pausa—. Y si te dejase marchar, no lo harías por tu propio pie porque te levantaría la tapa de los sesos.

—Muy lógico.

—¿Sólo se te ocurre decir eso?

—¿Qué quiere oír, general?

—Alguna explicación.

—No la tengo.

—¡Siempre hay una explicación!

Sam se sentó en la cama.

—Muy bien, se la daré. No es su mujer, general. No está casado con ella y Helen me gustó. Yo estaba a punto de estallar. Sí, general, no podía soportar más a Clyde Connors. Me ha estado buscando las cosquillas constantemente, amenazándome con acabar conmigo cuando esto haya terminado. Soy un hombre tranquilo, pero Connors está haciendo saltar mis nervios... Y llegó Helen y todo cambió porque entonces me importó un rábano la presencia de Connors. Helen me sirvió como sedante respecto a Connors porque se me metió en la sangre y ya sólo pensé en ella. Ahí lo tiene todo explicado.

—No quiero que vuelvas a tocarla.

Sam no le contestó.

—¡Te he dicho que no quiero que vuelvas a tocarla, Sam!  
¡Contesta!

—Le haré una promesa. No la tocaré hasta que hayamos realizado la misión.

—¿Y luego?

—Para luego no le prometo nada.

Los dos hombres se observaron atentamente. Reisner se pasó una mano por la boca.

—De acuerdo, Sam, me basta.

Luego dio media vuelta y salió de la estancia.

## CAPÍTULO XI

Sam Morley estaba cumpliendo su palabra. No había vuelto a tocar a Helen.

Pero no podía dejar de mirarla y, muchas veces, sus ojos se encontraban con los de Helen. Entonces, Helen bajaba los suyos, pero no siempre lo hacía, porque en otras ocasiones le sostenía la mirada y entre ambos parecía establecerse un duelo sordo.

Conforme se acercaba el veinte de enero, Reisner intensificaba la preparación del comando. Ya no se limitaba a las lecciones de tipo teórico ante la pantalla o la pizarra. Realizaban ejercicios prácticos en el jardín, estableciendo dos bandos enemigos que luchaban a brazo partido, tratando de clavarse el cuchillo o de provocar la asfixia por estrangulación.

Reisner había cambiado de humor. Ahora era el jefe fiero y duro hasta en la forma de expresarse.

—¡Pandilla de estercolero! ¡Sois cuatro inútiles hijos de perra! ¿Por qué infiernos me fui a fijar en vosotros? ¡No servís para nada! ¡Bill, borracho del demonio!

Qualen ha caído sobre ti y te habría matado cinco veces antes de que tú pudieses sujetarlo por la muñeca y lanzarlo por encima de tu cabeza. ¿Para qué quieres esos remos, hijo de una mula?... Sam, siempre te creíste el más flexible, el más dinámico, y pareces un hipopótamo con el buche lleno de agua... ¡Tienes que moverte con más rapidez!... Clyde, ¿es que olvidaste el Karate? ¡Pareces una vaca a punto de parir!

Hubo un día en que Sam Morley se deslizaba a gatas por el jardín, abriéndose paso por entre los arbustos y, de pronto, le cayó encima Reisner.

El general pegó un chillido cuando tuvo a Sam boca arriba y

Sam vio sus ojos desorbitados, llenos de furia y cómo el cuchillo bajaba en busca de su garganta. Tuvo la sensación de que Reisner lo mataría y alzó rápidamente la mano y paró el golpe. La punta del cuchillo quedó a una pulgada de su nuez. Sin embargo, Reisner continuó haciendo presión y sus ojos no perdieron aquel brillo homicida. Sam tuvo que poner en juego toda su potencia y, con la mano libre, pegó un mandoble en el costado del general quitándoselo de encima y, cuando Reisner rodó por el suelo, Sam se arrojó sobre él y le aplicó la punta de su acero en el pecho.

—¡Un movimiento y lo traspaso, general! ¡Quieto, maldita sea! Reisner no se movió.

—Cuidado, Sam, esto es un ejercicio.

—¿Y qué era para usted?

—También un ejercicio.

—Oh, sí, general perdone.

Pero aquella noche, Sam, cuando estaba a solas en su dormitorio, se preguntó si Reisner lo habría matado de no haber parado él su cuchillo.

\* \* \*

—Muy bien —dijo Dick Qualen—. Vamos a exponer el pellejo por nuestro país. Corrígeme si me equivoco, Clyde.

—Es cierto.

—La misión consiste en que nosotros nos apoderemos del oficial que lleva las claves antes que los bastardos conjurados. Ellos quieren lanzar las berenjenas atómicas sobre los puercos rusos y los sarnosos chinos. ¿De acuerdo, Clyde?

—De acuerdo.

—Entonces, yo me pregunto: ¿Qué pasa si nosotros conseguimos impedir que mueran millones de americanos? El general lo ha dicho. Si impedimos el envío de los tomates atómicos, todo continuará como una balsa de aceite, o sea que seguirá habiendo una guerra aquí y otra guerra allá... En fin, ya me entendéis, esas guerras de porquería que hay por el Vietnam y por el Oriente Medio. ¿Voy bien, Clyde?

—Yo no lo expresaría así, pero lo daremos por bueno.

—Gracias, Clyde. Tú eres un buen amigo. Y ya llegué a la

cuestión. ¿Qué vamos a ganar nosotros si todo sale bien?

—Quizá nos den una medalla —sugirió Meiler.

—¿Eres tan imbécil para creer eso, Bill? Nosotros no pertenecemos al ejército. Ni siquiera nos dieron la medalla cuando éramos soldados, allá en Italia. Las medallas y los ascensos son para el general. ¿Y sabes lo que hará Reisner cuando todo haya terminado? Nos dará una palmada y nos dirá: «Os habéis portado como buenos muchachos. Ya podéis marcharos a continuar con vuestra vida de cochambre». Eso es lo que dirá el general Reisner. No, muchachos, el Presidente de los Estados Unidos no se acordará del gusano Dick Qualen, y ya podéis apostar vuestra vida a que ninguno de esos cochinos políticos que se sientan en el Congreso sabrán siquiera que existe el gusano Dick Qualen. ¿Y qué pasará conmigo...? Yo os lo diré. Que volveré a California y allí me estarán esperando los polis para meterme en la cárcel. Ya los estoy oyendo. El teniente Eisler dirá: «Qualen, ¿dónde te metiste? Te echamos de menos. Palabra que sí, Qualen, pero sabíamos que volverías y te hemos preparado una maravillosa celda con un camastro lleno de las mejores chinches que hemos seleccionado, para que chupen tu puerca sangre y a ver si no te dejan una sola gota y te mueres solo»... Sí, muchachos... Juro que eso es lo que dirá el teniente Eisler en cuanto me vea la cresta.

—¿Adónde quieres ir a parar, Dick? Tú te pones a hablar y a hablar y no terminas nunca. Estarías hablando hasta el Día del Juicio Final.

Sam Morley medió:

—Yo sé lo que Dick quiere decir.

—Ah, ¿sí? —repuso Bill—. Pues dímelo porque yo todavía no me he enterado.

—Dick se refiere a dinero.

—¿Dinero?

—Sí, a esos papelitos que emite la Tesorería de los Estados Unidos. A Dick le gustaría tener unos cuantos para su colección. Piensa que, después de todo, también los héroes tienen estómago, ¿no es eso, Dick?

Qualen se había quedado con la boca abierta escuchando las palabras de Sam.

—¡Por cien mil diablos, Sam! Tienes un radar en la cabezota. Me

lo has adivinado todo. Sí, señor, eso es lo que a mí me gusta coleccionar, hermosos billetes de a mil.

Estaban descansando en la sala de proyección y la puerta se abrió dando paso a Reisner. Había estado la mañana ausente.

—Bien, muchachos, traje los cartuchos con el gas. Y también sé de qué forma estarán colocados los treinta soldados y los dos oficiales que los manden.

Durante la media hora siguiente Reisner, sobre el plano del ala occidental de la Casa Blanca, fue señalizando los hombres que tendrían que dejar fuera de combate.

Sam Morley preguntó:

—¿Sabe dónde estará el oficial del portafolios?

—No, todavía no sé dónde estará Alex Ritt.

—Hoy es dieciocho y faltan menos de cuarenta y ocho horas para dar el golpe.

—Sé mejor que tú cuántas horas faltan, Sam. Mañana sabré dónde estará el oficial del portafolios, pero creo que lo colocarán en el despacho ovalado o en el despacho particular del Presidente.

—¿A qué hora se pondrán en marcha los conjurados?

—A las diecinueve.

—¿A qué hora volverá el nuevo Presidente a la Casa Blanca?

—Está previsto entre las veintiuna y las veintiuna quince.

—¿Cuándo atacaremos nosotros?

—A las dieciocho treinta yo os estaré esperando al lado de la piscina, a unos metros del lugar donde tomaréis tierra con el helicóptero. Contamos con treinta minutos de ventaja sobre los conjurados, pero hemos de llevar a cabo toda la operación en veinte minutos como máximo. Nos apoderaremos de las claves y volveremos al helicóptero.

—¿Qué hará usted?

—Me iré con vosotros.

—¿Regresaremos a la Base de Courtland?

—No. Desembarcaremos en otro lugar.

—¿Cuál?

—Otra casa que he arrendado. Está a unas diez millas al Norte de Washington. Allí os tengo preparada la nueva vestimenta. Cambiaréis el uniforme por el traje de civil y cada uno regresará al lugar de donde lo saqué. —Reisner carraspeó—. He tenido en

cuenta que merecéis un premio... Cada uno recibirá veinticinco mil dólares por su colaboración.

Bill soltó un chillido.

—¡Veinticinco mil dólares!... ¡Soy rico...! ¡Soy rico!

Dick Qualen también gritó.

—Tendrán que verme los polis cuando llegue. Ya sé lo que le diré al teniente Eisler cuando lo vea: «Apártese de mí, escarabajo. Dick Qualen no se dedica a vender coches. Ahora compra comisarías de policía».

\* \* \*

Era la víspera del golpe. El 19 de enero.

La televisión, la radio, los periódicos dedicaban grandes espacios a la inmediata transmisión de poderes entre Johnson y Nixon.

Sam se encontraba a solas en el *living* cuando salió Helen de la cocina. Ella se interrumpió de pronto y Sam le sonrió.

—No muerdo.

—Creí que estaban aquí los otros muchachos. Vine a preguntaros si queréis café. Lo acabo de hacer.

—Están en el jardín tomando el sol.

—Ya.

—Pero yo quiero café.

—Te lo traeré.

—Eres muy amable.

La joven le trajo el café al cabo de unos minutos. Cuando ponía la taza sobre la mesa, Sam le cogió la mano.

Sam notó que ella se estremecía. Se miraron a los ojos.

—¿Qué significa para ti Reisner, Helen?

—No me hagas preguntas.

—Cuando todo termine, iremos a otra casa. ¿Estarás tú allí, Helen?

—No.

—Entiendo. Estarás en el nidito, esperando a tu Reisner.

—No es asunto tuyo.

—No lo hagas, Helen. No vuelvas con él. Yo te diré donde debes estar. En Nueva York, hotel Straford.

—No, no estaré.

—Iré en tu busca.

—He dicho que no iré.

—Reisner nunca nos alcanzará, Helen.

—¡Cállate!

—Muy bien, Helen, pero yo iré al hotel Straford.

—No hace falta que vayas porque no me encontrarás. Perderás el tiempo.

—Después de que esto acabe, tendré mucho tiempo para perder.

Sam la dejó libre y ella dio media vuelta y se marchó a la cocina.

Apenas habían transcurrido cinco minutos de esta escena, cuando entró Reisner seguido de Clyde, Bill y Dick.

El general dijo:

—Bien, chicos, ya lo tenemos todo. El capitán Alex Ritt, con el portafolios de las claves, estará en el despacho particular del Presidente.

## CAPÍTULO XII

El 20 de enero.

El general Reisner había abandonado muy temprano la casa y regresó a las once trayendo el *jeep*.

Los cuatro hombres que había elegido para la misión, tenían puesto el uniforme de oficial.

Reisner los observó uno a uno.

Helen también se encontraba allí.

El general sonrió satisfecho.

—Hemos convivido durante algunos días, como en otros tiempos, y ahora vamos a revivir juntos aquellas horas de peligro... Conocéis mi forma de ser. No os voy a soltar un discurso. De nada valen los discursos cuando uno está a las puertas de la muerte. Y es lo que nos espera, la muerte, si cometemos cualquier fallo. Sólo quiero que sepáis que vosotros cuatro y yo realizaremos el asalto más grande de todos los tiempos porque hoy vamos a variar el curso de la historia... Sólo os exijo una cosa. Que cada cual cumpla con su deber. Si hay que matar, mataréis sin compasión, sin el menor titubeo... Eso es todo, muchachos.

Reisner caminó hacia Helen.

—Tú saldrás primero.

—Tengo preparada mi maleta.

—Vete.

—Sí, Glen.

Reisner la besó con suavidad en los labios y luego ella se dirigió a donde estaban los cuatro hombres.

—Os deseo suerte —dijo.

No estrechó la mano de ninguno.

Cogió la maleta que estaba en el vestíbulo y salió de la casa.

Reisner caminó hacia la ventana y se detuvo allí, mirando fuera. Se oyó el zumbido de un motor y luego el coche salió de la casa. Reisner se apartó de la ventana.

—Clyde, aquí tienes el pase para entrar en la base Courtland, y este otro es para que os den el helicóptero.

Seréis atendidos por el capitán Lenart. No existirá el menor inconveniente. Bromead entre vosotros mientras habláis con el capitán Lenart. Dick, ¿revisaste los cartuchos?

—Aquí los llevo, general —dijo Qualen y mostró la mochila que le colgaba del hombro.

—Bien, muchachos, salid. Yo iré después para estar presente durante el comienzo de la ceremonia. No vayáis deprisa. Un accidente de tráfico arruinaría los planes. Tenemos tiempo de sobra. Ajustaros al horario que os señalé.

La noche anterior se habían pasado cinco horas revisando minuciosamente el ataque.

Los cuatro hombres disfrazados de oficiales salieron de la casa, ocuparon el *jeep* y poco después se ponían en marcha hacia la base de Courtland.

\* \* \*

A las diecisiete y cinco la caravana oficial empezó a trasladarse desde la Casa Blanca a las escalinatas del Congreso, donde tendría lugar el juramento del presidente electo.

Era un día frío, como todos los 20 de enero en Washington.

A lo largo de la ruta algunos espectadores gritaban: ¡Nixon!... ¡Nixon!

La «limousine» que transportaba a Nixon y Johnson llegó al Congreso a las diecisiete y dieciséis.

A través de las pantallas de televisión centenares de millones de personas estaban siguiendo la ceremonia.

Nixon y Johnson daban muestras de una total armonía. Sonreían, daban la mano a diestro y siniestro, cuando podían o cuando los numerosos agentes del servicio secreto los dejaban y, de tanto en tanto, se daban pequeños golpecitos a los brazos, como un gesto de atención para señalar el camino o para indicar algo en silencio.

Más tarde se separaron en el Congreso para que cada cual ocupase, en un momento determinado, su lugar en el palco oficial.

Primero apareció el vicepresidente Humphrey y más tarde el presidente cesante Johnson.

El vicepresidente electo, Spiro Agnew, llegó al palco oficial a las diecisiete cuarenta. Se colocó de manera que tenía a su derecha al presidente Johnson, y a su izquierda al vicepresidente Humphrey.

Johnson y Agnew conversaron durante unos minutos, esperando la llegada del presidente electo, Richard M. Nixon. Los tres se hallaban con la cabeza descubierta y Humphrey tenía un pañuelo alrededor del cuello.

El general Reisner ocupaba el lugar que le habían destinado, en un palco con otros altos mandos del ejército.

A su derecha estaba el general Spencer Addison.

\* \* \*

El *jeep* llegó a la entrada de la Base de Courtland.

El vehículo era conducido por Sam Morley, y a su derecha estaba Clyde, que asumía el mando del grupo.

El sargento se acercó e hizo el saludo militar.

—Hola, sargento —dijo Clyde correspondiendo al saludo, e inmediatamente le alargó el pase.

El sargento examinó con atención el documento y lo devolvió a Clyde dando una cabezada afirmativa.

—Pueden entrar.

El *jeep* pasó por entre los centinelas.

Bill Meiler dio un suspiro.

—Demonios, estaba pensando en que el pase no hubiese servido.

Dick le contestó con una risita.

—¿Crees que el general puede fallar? Es un tipo listo y lo ha pensado todo.

Sam Morley llevó el vehículo hacia el campo operacional de helicópteros número 4, el lugar señalado por Reisner.

Tres hombres con monos de trabajo estaban hablando con un oficial.

—¿Capitán Lenart? —dijo Clyde cuando Sam detuvo el vehículo cerca del grupo.

El oficial se apartó.

—Soy yo.

Clyde le dio el segundo documento.

Lenart observó el pase y dijo:

—Lo siento, pero no puedo proporcionaros el helicóptero.

Un aire frío se abatió sobre los cuatro miembros del comando.

—¿Por qué, capitán Lenart? —preguntó Clyde con voz seca—. ¿Acaso no tiene helicópteros? Veo seis en el hangar número dos y otros tres fuera.

—Lo siento, capitán, pero todos los vuelos con helicópteros han sido suspendidos en este Campo.

—¿Desde cuándo?

—Hace media hora recibí la orden del general Ferguson.

—Pero mi orden está firmada por el general Reisner.

—Sí, señor, he reconocido la firma del general Reisner, pero es el general Ferguson el que tiene a su cargo los helicópteros de este campo, y yo debo obedecer sus órdenes con preferencia a las de cualquier otro general.

—Capitán Lenart, hemos de realizar un servicio urgente, de modo que le propongo una cosa. Llame al general Ferguson e infórmele de la orden que tenemos del general Reisner...

Lenart titubeó y entonces Connors remachó.

—Si el general Ferguson insiste en que no podemos volar en un helicóptero, nos marcharemos.

—Está bien. Trataré de hacer esa llamada.

Lenart se alejó hacia un edificio que había a la izquierda del hangar.

Dick Qualen dijo:

—Esto se pudo. Será mejor que nos volvamos a casa.

—Acertaste, Dick —asintió Bill Meiler.

Sam Morley intervino:

—Connors y yo opinamos de otra forma. Hay que robar el helicóptero. No podemos esperar a que regrese el capitán Lenart. ¿No es verdad, Clyde?

—Sí, Sam. Hay que apoderarse de uno de esos pájaros y echar a volar. ¿Cuál elegimos?

—El que está más lejos. Andando, muchachos.

Bill y Dick no protestaron.

Los tres hombres vestidos con mono los estaban observando.

—Tranquilos, muchachos —dijo Clyde—. Nos acercaremos al primer helicóptero y luego echaremos a correr hacia el segundo.

Los cuatro se pusieron en marcha.

—Eh, ustedes —dijo uno de los hombres.

—No hacerle caso, muchachos —dijo Clyde—. Seguid adelante.

Estaban llegando cerca del primer helicóptero.

—¡Oigan, oficiales! —gritó aquel hombre.

—¡A correr! —dijo Clyde.

Dos de los hombres con mono fueron detrás de ellos.

—Arriba, Bill, tienes que conducir —dijo Clyde—. Tú también, Dick, que llevas la medicina.

Apenas entraron Bill y Dick en el helicóptero, llegaron los dos hombres que habían ido tras de ellos.

—Eh, ¿qué hacen? ¿Es que se han vuelto locos? No puede salir ningún helicóptero de este campo. Lo dijo bien claro el capitán Lenart.

Clyde y Sam se dirigieron una mirada y a continuación soltaron los puños. Pusieron todas sus energías en el golpe y los dos hombres con mono rodaron por tierra y quedaron sin conocimiento, lejos del helicóptero.

Bill puso en marcha el motor. Clyde y Sam subieron al aparato.

—Allá vamos, muchachos —dijo Bill.

El helicóptero ascendió rápidamente en el aire.

Trazó la mitad de un círculo y partió a gran velocidad en dirección Sur.

—Ya te desviaste demasiado, chófer —dijo Clyde—. ¡A la Casa Blanca!

\* \* \*

—Reisner —dijo el general Addison—, he oído que acompañará al presidente Nixon en su próximo viaje a Europa.

—Es la primera noticia que tengo.

—¿Seguro?

—Ni siquiera sabía que el nuevo presidente estuviese dispuesto a viajar tan pronto a Europa.

—Por lo visto, Nixon tiene en cuenta a los hombres de acción.

—Es lo que se esperaba de él, ¿no?

—Sí, quizá, sí.

Richard Nixon llegó al palco oficial a las diecisiete cuarenta y seis. Dio la mano primero a Johnson, luego a Humphrey, y se puso de inmediato frente a los micrófonos en el lugar destinado para él.

El senador Everett Dirksen, presidente del Comité de Inauguración, dijo unas palabras y a las diecisiete cincuenta presentó al reverendo Charles Ewbank Tucker, de Louisville (Kentucky) obispo de la African Methodist Episcopal Zion Church, quien tuvo a su cargo la invocación.

A las diecisiete cincuenta y cinco, Dirksen presentó al Rabino Edward Magnin, dirigente espiritual del Templo Wishire Boulevard, de Los Angeles, (California).

El general Reisner consultó su reloj.

—Lo siento, Addison, pero tengo que ausentarme durante un rato.

—¿Se va a marchar, Reisner?

—Oh, no. Sólo quiero hablar con cierto agregado militar de un país europeo.

—¿Una entrevista durante la ceremonia del juramento?

—Hemos de aprovechar el tiempo, Addison.

Reisner salió de aquel palco, pero no se encaminó hacia ningún otro, sino a la playa de estacionamiento.

Eran las dieciocho, justamente cuando el senador Dirksen empezaba a tomar juramento al nuevo vicepresidente de los Estados Unidos, Spiro Agnew.

## CAPÍTULO XIII

A las dieciocho quince, el senador Dirksen presentó al juez Earl Warren, presidente de la Corte Suprema, quien se prestó a tomar el juramento a Richard Nixon como el treinta y siete presidente de los Estados Unidos.

Con la mano izquierda sobre la Biblia y la mano derecha doblada hacia arriba, Nixon juró:

«Solemnemente juro que desempeñaré fielmente la función de presidente de los Estados Unidos, y preservaré, protegeré y defenderé con toda mi capacidad la Constitución de los Estados Unidos».

\* \* \*

Los tripulantes del helicóptero vieron ante sus ojos la Casa Blanca.

—Ahí la tenemos, muchachos —dijo Sam Morley.

—No te desvíes, Bill —habló Clyde—. Hemos de ir directamente al ala occidental, donde dijo el general.

—Hablando del general, ahí lo tenemos. Debe ser aquel tipo.

—Listo para tomar tierra —anunció Bill.

—Adelante —asintió Connors.

El helicóptero descendió rápidamente y tomó tierra con suavidad.

El general Reisner se acercó sosteniéndose la gorra con la mano para que el aire de las aspas no se la volase de la cabeza.

Connors saltó el primero.

—Tuvimos dificultades con el capitán Lenart, a pesar de que

usted dijo que no habría contratiempos.

—¿Qué pasó?

—El general Ferguson anuló todos los vuelos. Tuvimos que apoderarnos del helicóptero, pero sólo dejamos fuera de combate a dos hombres.

Reisner sonrió con ferocidad.

—Bien hecho, muchachos. Bill, ¿qué estás esperando?, ¡esa puerta!

Bill se encaminó hacia la puerta y después de manipular en ella, en seis segundos se volvió y dijo con orgullo después de hinchar los pulmones:

—General, ya puede entrar.

\* \* \*

El nuevo presidente, Nixon, empezó su discurso:

—Señor ministro de justicia, presidente Johnson, vicepresidente Humphrey, vicepresidente Agnew, ciudadanos americanos, y ciudadanos de la comunidad mundial:

»Os ruego compartáis la majestad de este momento. En la ordenada transferencia del poder, celebramos la unidad que nos ha mantenido libres.

»Cada momento en la historia es huidizo, precioso y único. Pero algunos son momentos de comienzo, en los que se fijan los rumbos de décadas o siglos.

»Éste puede ser uno de esos momentos».

\* \* \*

El general Reisner y los miembros de su comando, se deslizaron por un lado de la piscina presidencial.

Había un soldado paseando al otro lado, el cual se detuvo y se les quedó mirando.

Reisner habló por la comisura de la boca.

—Dejádmelo a mí.

—¿Va cartucho, general? —preguntó Dick.

—No, sería como matar pulgas con una pistola.

El soldado se cuadró ante el general.

—Vamos a la Sala de Sesiones, soldado.

—Lo siento, general, pero no puede.

—Tengo orden de esperar al nuevo presidente en la Sala de Sesiones.

—Disculpe, señor, pero tendré que ver esa orden.

—Oh, sí, desde luego. Te felicito, muchacho, sabes cumplir con tu deber.

—Gracias, señor.

El general movió una mano hacia el bolsillo superior de la guerrera, pero cerró aquella mano y estrelló el puño entre los dos ojos del soldado, el cual cayó sin conocimiento.

—A la cabina número 2.

Sam y Bill cogieron al soldado y lo llevaron a la cabina. Sacaron alambre y cinta adhesiva y atacaron y amordazaron al soldado. Les bastó un minuto.

Reisner al verlos salir de la cabina, exclamó:

—Empleasteis demasiado tiempo. Hay que darse más prisa.

Entraron en la Sala de Sesiones.

Allí no había nadie.

—Hay un doble camino para llegar al despacho ovalado —dijo Morley—. La Pecera o el despacho del secretario particular del presidente. El segundo es el camino más corto, pero también puede ser el más peligroso.

Reisner pareció titubear unos instantes.

—¡La Pecera! —se decidió.

El propio Reisner abrió sigilosamente la puerta que comunicaba con la Pecera. Allí había ocho soldados y un oficial. Estaban sentados en sendas sillas y contemplaban la pantalla de un televisor en el que aparecía el presidente Nixon pronunciando su discurso de toma de posesión.

—«Vemos la esperanza del mañana en la juventud de hoy. Yo conozco a la juventud americana. Yo creo en ella. Podemos sentir el orgullo de que están mejor educados, más comprometidos, más apasionadamente dirigidos por la conciencia que ninguna generación anterior».

El general Reisner dijo:

—¡Máscaras, Sam!

Morley distribuyó las máscaras con la que cubrieron el rostro.

—¡Dos cartuchos! —dijo Reisner.

Bill dio un cartucho a Sam y se reservó otro. Los dos al mismo tiempo dieron vuelta a la válvula de seguridad.

Bill arrojó su cartucho hacia el grupo que estaba dentro de la habitación, e inmediatamente lo hizo Dick.

Se produjo una suave explosión y luego otra y el gas se extendió.

Algunos soldados se levantaron, pero dos de ellos cayeron antes de dar un solo paso. Otros dos se dirigieron hacia la puerta, pero tampoco fueron muy lejos porque cayeron antes de llegar.

Reisner entró en la habitación seguido de sus hombres, con la máscara cubriéndoles el rostro.

Todos los soldados y el oficial estaban desvanecidos.

El presidente Nixon decía en el televisor:

—«Nos vemos atrapados en la guerra cuando deseamos la paz. Nos vemos desgarrados por la división cuando deseamos la unidad. Vemos a nuestro alrededor vidas vacías que desean llenarse. Vemos tareas que han de completarse y precisamos manos que las hagan».

Reisner y sus cuatro hombres salieron de la Pecera encaminándose por un corredor hacia la izquierda, el que conducía al despacho ovalado del presidente.

—Eh, general —dijo Sam con voz hueca debido a la máscara—. En esa esquina debería haber un soldado y no lo hay.

Reisner le hizo un gesto con la mano para que guardase silencio.

El general se asomó por la esquina. Vio a cinco soldados al fondo que estaban hablando entre ellos.

Se volvió pidiendo un nuevo cartucho a Sam. Después de recibirlo, le dio vuelta a la válvula de seguridad y lo arrojó al fondo.

Se oyó la explosión e inmediatamente Reisner y sus hombres aparecieron por el corredor.

Cuatro soldados ya estaban en el suelo, pero el quinto se resistía a caer. Reisner le pegó un mandoble en el cuello y el soldado se derrumbó definitivamente.

Llegaron a otra esquina del corredor, donde se encontraba la puerta de acceso al despacho ovalado.

Allí había cuatro soldados.

—Dos cartuchos —dijo Reisner.

Arrojó uno y Sam el otro. Los cuatro soldados se desplomaron al

respirar el gas.

Ya estaban ante la puerta del despacho ovalado.

Reisner pidió un cartucho a Sam, dio vuelta a la válvula, abrió la puerta y la arrojó al interior.

Luego entró Reisner seguido de sus hombres.

Un oficial y cuatro soldados se estaban desplomando algunos de ellos se agarraban el cuello.

Reisner corrió hacia el oficial y quedó inmóvil ante él.

Sam notó que pasaba algo raro.

—¿Qué ocurre, general?

—¡No es el capitán Alex Ritt!

—¿No es éste el despacho ovalado?

—Sí.

—¿Quiere decir que pudieron cambiar la orden para Ritt y mandarlo a otra parte?

En ese momento se abrió la puerta que comunicaba con el despacho particular del presidente, y apareció un oficial disparando una pistola.

Dick cayó al recibir un impacto en la cabeza.

Bill soltó un aullido porque un plomo le había mordido en el estómago. Se dobló hacia adelante, tratando de apoyarse en la mesa cercana, pero sus manos no la alcanzaron y se desplomó.

Reisner fue primero en sacar la pistola, antes que Sam y que Clyde, e hizo fuego, mientras gritaba:

—¡Maldito seas, Ritt!

La bala alcanzó al oficial y lo arrojó en el suelo.

Sam se volvió hacia sus compañeros que estaban en tierra.

Con una simple mirada a Dick pudo saber que estaba muerto. La bala en la cabeza lo había matado en el acto.

Cogió por la espalda a Bill y lo incorporó.

—¿Cómo estás, Bill?

—Esto se acabó para mí.

—No, Bill, vendrás con nosotros. Disfrutarás de los veinticinco mil dólares.

—Un trago... Quiero un trago —dijo Bill y dobló la cabeza.

Sam le quitó la máscara.

—Está muerto —dijo y alzó los ojos pero ante sí sólo vio a Clyde.

Dejó a Bill en el suelo.

—Vamos con el general.

Entraron en el despacho particular del presidente.

A un lado, en un televisor, Nixon seguía pronunciando su discurso.

El general estaba inclinado sobre Alex Ritt registrándole los bolsillos.

—¡La llave!... —gritaba—. ¡Quiero la llave!

Sam y Clyde descubrieron sobre una larga mesa el portafolios que guardaba las claves que ponían en marcha el arsenal atómico de los Estados Unidos.

—¿Para qué quiere la llave, general? —dijo Sam—. Tenemos el portafolios.

—Hay que abrirlo.

—¿Abrirlo? ¿Para qué quiere abrirlo?

Reisner levantó la pistola.

—Hoy será el día más grande de la historia de América porque vamos a destruir a todos nuestros enemigos.

Nixon decía desde el televisor:

—«La paz que queremos ganar no es la victoria sobre ningún otro pueblo, sino la paz que lleva el remedio en sus alas. Compasión para los que han sufrido. Comprensión para los que se nos opusieron. Oportunidad para todos los pueblos de esta Tierra de elegir su propio destino».

## CAPÍTULO XIV

Sam y Clyde habían quedado inmóviles al oír al general.

Sam se despojó de la máscara y luego lo hizo Clyde. Sólo el general quedó con la suya puesta. Clyde se acercó al televisor y bajó el volumen hasta dejar mudo al presidente Nixon.

—General, ¿de qué infiernos está hablando? —dijo Sam—. Vinimos aquí a por el portafolios. Para que no cayese en manos de los conjurados.

El general rió con risa hueca.

—Nosotros somos los únicos conjurados.

—Un momento, general. No sabe lo que dice.

—Lo sé bien.

Clyde intervino.

—Usted y yo matamos a dos hombres la noche que vino a por mí al Club.

—Eran dos asesinos profesionales que contraté para que te diesen muerte.

—¿Para qué me diesen muerte?

—Tenías que probarme que estabas en forma, Clyde.

Sam preguntó:

—¿Qué me dice de los tres que trataron de sorprendernos en la casa?

—Asesinos profesionales también. Contratados por mí para probaros y para que no tuvieseis ninguna duda acerca de que existía realmente la conjuración.

—¡General, usted está loco! —gritó Clyde.

Sam movió la cabeza:

—Sí, general, está para que lo encierren. Nos ha metido en esto para llevar a cabo la mayor canallada de todos los tiempos. ¡Usted

es el que quiere apretar el botón rojo!

—Sí, Sam, para eso os necesitaba. Y lo apretaré dentro de un par de minutos.

—¿Por qué? ¿Por qué? —chilló Sam.

—Todos los presidentes que se han sentado en este despacho durante los últimos años fueron débiles. Debieron acabar de una vez con nuestros enemigos y no lo hicieron por cobardía.

—¡No lo hicieron porque tenían sentido común! —contestó Clyde.

Sam apretó los maxilares.

—General, usted ha sido culpable de que dos de nuestros compañeros hayan muerto. ¡Dos muchachos que han sacrificado su vida por usted y por una causa absurda!

—Eran basura.

—¿Qué?

—Bill era un miserable. Vivía como una rata a merced de los acreedores. Yo pagué sus deudas. Pero otra vez hubiese seguido llevando una vida de engaños. En cuanto a Dick, era carne de presidio. Lo saqué de la cárcel pagando una fianza.

—¡Eran dos seres humanos, general!

Reisner seguía registrando a Ritt con la mano libre. Al fin sacó la llave.

—¡Aquí está! —exclamó triunfante.

—General, no siga adelante —dijo Sam.

—Seremos héroes.

—Todo lo contrario, general. Estamos traicionando a nuestro presidente, a nuestra Nación.

Reisner se dirigió hacia el portafolios sin dejar de apuntar a Clyde y Sam con la pistola.

Clyde saltó sobre Reisner y éste apretó el gatillo.

Se produjo un disparo y Clyde interrumpió su camino y se tambaleó.

Apoyóse en la pared. Tenía un boquete en el estómago.

—Sam... —dijo y cayó en tierra.

Sam miró a Clyde, que estaba inmóvil, y luego al general.

—Sam —dijo Reisner—, tienes que ayudarme a salir de aquí. Yo también te ayudaré. Somos los únicos supervivientes. No podemos morir. América y el mundo nos deberá su salvación.

—Su destrucción, general.

—Te falta saber algo.

—¿Qué cosa, general?

—Vas a tener a Helen. Es tuya.

—¿Me la regala, general?

—No, no se puede regalar lo que uno nunca ha tenido.

—¿Qué quiere decir?

—Ella no es mi amante.

—¿Cómo?

—Formó parte de mi plan.

—No le comprendo.

—Tú y Clyde estabais a punto de estallar. Se me ocurrió introducir en la casa a una mujer. Te conocía bien, Sam. La elegí a tu gusto. Imaginé que ella atraería tu atención y que dejarías de pelear con Clyde. Helen es una bailarina que conocí hace unos meses. Agradable, simpática. Le pagué dos mil dólares por su trabajo.

—Enhorabuena, general. Su estratagema dio resultado.

—Tenía que darla.

—Oh, sí, usted conoce muy bien a sus hombres.

—Y ahora basta, Sam. Voy a poner en marcha el tinglado.

Abrió con la mano libre el portafolios y extrajo un cartón. A la izquierda había una computadora. Metió la tarjeta en la computadora y ésta se puso en marcha.

—Eso no lo explicó, general —dijo Sam.

—No necesitabais saberlo.

—¿Qué va a pasar ahora?

La computadora terminó su trabajo y Reisner examinó el resultado. Entonces apretó tres botones de la parte inferior y a continuación dio vuelta a la mesa. En ningún momento dejaba de apuntar a Sam con la pistola.

Reisner abrió un cajón. Allí había un intercomunicador. Tenía dos botones, el uno era blanco y el otro era rojo.

—General, no va a apretar ese botón.

—Sí, Sam. La computadora funcionó con las claves y todo está preparado.

Morley se preparó a, saltar sobre Reisner. Sabía que no llegaría a tiempo de impedir que el general apretase el botón rojo porque

antes lo alcanzaría con un par de balas.

—Quieres morir también, ¿eh, Sam? Muy bien. Tú eliges.

Sonó un estampido.

Clyde había disparado desde el suelo. Reisner dio un grito y se fue hacia atrás.

Sam sacó su pistola.

Reisner había bajado el arma.

Sam disparó una y otra vez sobre el general.

Reisner chocó contra la pared y se vino hacia adelante alargando la mano para apretar el botón rojo.

Sam volvió a hacer fuego.

La bala golpeó otra vez contra el pecho de Reisner y su mano quedó muy cerca del intercomunicador, pero finalmente cayó hacia atrás y quedó en el suelo, arrojando sangre por los orificios que le habían producido las balas.

Sam acudió al lado de Clyde, y éste le sonrió con amargura.

—Lo conseguiste, Sam.

—Fuiste tú, Clyde.

—Bueno, lo hicimos entre los dos... Perdona, Sam... Tú tenías razón... con respecto a Angélica... Lo sabía... pero no quise verlo porque te odiaba... Perdóname, Sam... —Luego, Clyde expiró.

Una voz sonó por detrás de Sam.

—Tire esa pistola, oficial.

Sam dejó caer el arma y se volvió lentamente. Frente a él tenía a un capitán y a tres soldados que le apuntaban con sus armas.

\* \* \*

El general Ferguson dijo al hombre que tenía delante, Sam Morley:

—Tuvo suerte de que el capitán Ritt no muriese. Lo pudo oír todo. Ustedes fueron engañados por el general Reisner pero, a última hora, usted impidió que apretase el botón rojo. Queda libre.

—Gracias, general.

—Debe su libertad al presidente, Morley.

\* \* \*

—¿Helen Harris? —dijo el encargado del registro del hotel Straford—. No, señor Morley. No vino ninguna señorita dando ese nombre.

—Gracias.

Sam fumó un cigarrillo sentado en el sofá.

Transcurrió media hora y finalmente Sam se levantó.

—Hasta la vista —dijo al encargado.

—Buenas noches, señor Morley.

Sam se dirigió hacia la puerta y en ese momento entró Helen con la maleta en la mano.

—Hola, Helen Ella se detuvo y los dos se miraron a los ojos.

Morley llegó a su lado y le sonrió quitándole la maleta de la mano.

—Hola, Sam.

Luego, se inclinó sobre la joven y la besó en los labios.

—¿Vamos, Helen?

—Sí, Sam, vamos.

El la cogió del brazo y salieron del hotel.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).